

Books

La decimotercera revolución cultural

Copyright 2015 © Juan Carlos Riofrío Martínez-Villalba
eISBN: 9781311634030

Published by Universidad de Los Hemisferios at Smashwords
Quito, 2015

License Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your enjoyment only, then please return to Smashwords.com or your favorite retailer and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Este ebook tiene licencias únicamente para su uso personal. No puede ser objeto de reventa o préstamo a terceros. Si usted quiere compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional por cada individuo. Si usted está leyendo este libro sin haber pagado por él, o si no fue pagado para que usted lo usufructúe, entonces por favor regréselo a Smashwords.com o a su distribuidor favorito y pague su propia copia. Gracias por respetar el esforzado trabajo de este autor.

Tabla de Contenidos

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[BOOKS](#)

[La añorada universidad](#)

[El Aula de Los Fundadores](#)

[Libros, libros y más libros...](#)

[Cuchicheos van, cuchicheos vienen](#)

[Una tediosa espera mirando al cielo](#)

[Las razones del día](#)

[Hay libros que matan](#)

[Una inquietante clase, con un inquietante profesor](#)

[Matando el tiempo y matando algo más](#)

[¿Estás enojado?](#)

[Sin derecho a un dolor de barriga](#)

[Ajustando tiempos](#)

[Trámites, papeleos y demás burocracia](#)

[Una clase inconclusa](#)

[Fiesta en la cima del mundo](#)

[Culpables, sospechosos y otras murmuraciones](#)

[De regreso a casa](#)

[Los íconos del viejo mundo](#)

[La verdad es que no somos muy originales](#)

[El secreto para superar un mal libro](#)

[La llamada](#)

[La muerte merodea en la sala de ficciones](#)

[Las cicatrices del alma](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[Perfil biográfico](#)

[Otros libros del mismo autor](#)

Dedicatoria

*Estas líneas van dedicadas a todos aquellos
que murieron porque alguien leyó un libro.*

Prologo

¿Qué pasaría si un buen día apareciera sobre la faz de la Tierra una prodigiosa máquina que acelerara la velocidad del conocimiento a ritmo de un Gigabyte por segundo? Probablemente el sistema de educación cambiaría: la escuela duraría pocos años, desaparecerían las clases magistrales, las universidades ya no se dedicarían a impartir conocimientos, sino a otras cosas... Cabría entonces preguntarse si en ese idílico mundo de eximia cultura desaparecerían también las guerras y los odios. La respuesta en Books es negativa: por el contrario, los “books” —ese banco de datos que la mente asimila en segundos a través del book-machine— solo potenciarían los amores y los odios, las verdades y las mentiras, los ideales más altos y los más bajos vicios... las guerras y el fin del mundo.

Hay libros que llenan de odio. De ahí la razón de la dedicatoria de este libro. ¿Qué hacer ante el odio? ¿Cómo afrontar esa pasión que ata y enajena el juicio? Alguna pista ofrece esta novela futurista de postguerra, donde una familia de poetas decide hacer frente a la violencia que se cierne en el mundo.

Literariamente esta novela pertenece al movimiento del uso extremo de las técnicas literarias. De hecho, apareció por primera vez como último capítulo del libro *Juegos de Pluma*, que compendia diversos cuentos, microrrelatos, poesías y ensayos —y esta novela—, escritos cada uno con una técnica literaria distinta llevada al extremo.

Books es una mezcla de todo. Es un cuento largo de trama compleja con varios personajes muy esculpidos, o también puede ser una novela corta de tres actos con protagonistas poco delineados. Pero más que un cuento, o una novela, es un ensayo sobre la poesía: después de las escenas iniciales de ambientación, se inicia el discurso filosófico acerca de la poesía, el mismo que se va simplificando a lo largo del texto hasta concluir con la definición más simple.

La narración combina dos estilos que en general se los tiene por contrapuestos: el estilo peripatético de la escuela griega, de largos diálogos académicos donde se elucubra sobre profundos temas, con la ágil narración de una ficción futurista repleta de acción. Además se mezcla la técnica con la emotividad, lo cotidiano con lo extraordinario, el hoy con el mañana. La ficción explica la realidad, acude a la poesía para mostrar lo maravilloso de la prosa ordinaria.

Y, sin más, metámonos ahora en el mundo del conocimiento vertiginoso, de las letras que marean, de los libros que elevan y hunden... en el mundo de Books.

BOOKS

La decimotercera revolución cultural

>> La añorada universidad <<

El sol despuntaba por encima de la cordillera, resplandeciendo en la recortada silueta rocosa del majestuoso Ruco. En sus faldas yacía inmóvil la alargada ciudad de Quito, llena de rascacielos que levantaban sus largos espejos sobre la neblina. A estas horas de la mañana parecía una ciudad construida sobre las nubes. Pronto el sol disiparía la roja niebla y Quito bajaría de las nubes. En cualquier caso, aunque las calles peatonales permanecieran oscuras bajo la niebla y bajo las sombras de los edificios, sus faros daban alguna luz a los ocasionales deportistas que habían decidido madrugar para trotar un rato antes del trabajo.

En el cielo el tráfico comenzaba a apretar. Los jetcars venían en bandadas, volando a diferentes velocidades. Del norte llegaban pocos jetcars, pequeños, ágiles, muy rápidos; en cambio, del sur de América provenía la gran masa, generalmente con vuelo lento y pesado. La mayoría se arrebolaban sobre los edificios más altos como un enjambre de abejas sobre el panal.

A esa hora padre e hijo Pihuave llegaban de la lejana provincia de Loja en su Andino, un mini-jetcar empujado por dos pequeños propulsores que de vez en cuando explotaban dejando una pequeña nubecilla de humo. El barbudo padre y el flaco adolescente de catorce años venían dentro de una gran caravana de naves semejantes. De repente, el aparato pegó un frenazo inclinándose hacia atrás, como lo hacían los antiguos helicópteros, y el viejo jetcar quedó rezagado de la caravana. Cuando terminó de frenar y se hubo estabilizado, comenzó a bajar lentamente sobre unos verdes prados donde se levantaba un holograma de un escudo gigantesco de piedra donde campeaba el título: “Universidad de Los Hemisferios”.

—¡Bah, qué ira a pasar con la nueva ley de tránsito! Por esto de bajar recto jamás llegaremos a la reunión de profesores —se lamentó el padre. Sucedió que en los últimos años el parque jetomotor de la ciudad había aumentado desmedidamente, superando todas las previsiones de tráfico y generando varios accidentes aéreos. Por eso el ayuntamiento capitolino había impuesto aquella prohibición que en las ciudades europeas ya era común: se debía frenar y aterrizar verticalmente. Nadie podía “dejarse caer” sobre el parqueo.

—Oiga pa’, no se preocupe —intervino junior intentando dar una palabra de aliento?, ya verá que cuando la tecnología mejore, volverá a permitirse el aterrizaje sin freno absoluto.

Era aún temprano cuando el Andino tocó el prado universitario, donde dejó una nubecilla de humo. Los parqueos comenzaban a llenarse. Ni bien junior abrió la portezuela del jetcar, cayó sobre ella la escalera del bus de niños que se estaba parqueando encima de ellos. De los costados del alargadísimo bus comenzaron a extenderse por pares ocho largas patas-antena buscando apoyo en el suelo, para parquear el transporte justamente encima de los Pihuave. Desde su jetcar Washington le pegó un grito.

—¡Eh, mole! ¡Eh! ¡Debo salir inmediatamente al campus 2!

El chofer del bus solo respondió con una mueca un “ok” y las ocho patas-antena del bus comenzaron a recogerse. Mientras tanto los niños habían comenzado a bajar por la escalerilla del bus. Al verlo Washington, pegó un grito de indignación y para contener las iras sus manos tensas se dedicaron a frotar su abultada barba. Sabía que, hiciera lo que hiciera, tendría que esperar a que los alumnos terminasen de bajar para que el bendito chofer dignara retirarse.

Tomo un poco de aire para calmarse. Luego miró a su flaco hijo, tan flaco como él, que aún no cumplía los quince años. En su rostro descubrió la expectación que lo embargaba. Esa cara lo hizo olvidarse de su enojo.

—Vamos, bájate. Al menos así tú no llegarás tarde a tu primera clase de la Universidad — dijo con un gesto paternal, mientras le tomaba del hombro.

—Sí, pa'.

El chico le dio un beso, tomo su mochila y se bajó haciendo esfuerzos para pasar entre la puerta medio abierta del Andino y la escalera del bus. Al salir la cerró y despidió al padre moviendo la mano.

—Todo saldrá bien. Ya verás. Nos vemos a la tarde.

Entonces el chico corrió en busca de las aulas, sorteando a los jetcar parqueados y a los niños que bajaban de ellos. El padre no tuvo más que armarse de paciencia y esperar a que el chofer del bus decidiera partir. Mientras tanto se dedicó a observar los poéticos personajes que desfilaban frente a su parabrisas: un padre provinciano que, tras viajar cientos de kilómetros esa mañana, deja a su hijo por primera vez en los parqueaderos de la universidad; un beso, una despedida que se siente eterna; un guiño al hijo y más tarde unas lágrimas de una madre, aquellas que sólo se sueltan cuando el chico ha comenzado a caminar y ya no la ve.

Varios alumnos habían llegado a la plataforma peatonal del parqueadero. Al llegar la mayoría de ellos miraban su reloj, pulsaban dos o tres botones y oían cómo ese aparato les pronunciaba la clase a la que debían asistir. Para mayor seguridad el reloj les proyectaba una pequeña flecha sobre la muñeca, indicándoles por dónde ir. Era divertido ver cómo algunos al seguir la flecha, por fijarse tanto en ella se chocaban contra otros chicos que también seguían atentamente su propia flecha.

Fuera de la vista del padre, uno de esos despistados tropezó sin darse cuenta con Washo, que no caminaba.

—¡Estamos tarde, las clases ya comienzan! ¿Qué? ¿Piensas quedarte ahí toda la mañana? — dijo el quinceañero alzándose de la caída. Se trataba de Steve, un churón rubio, de ojos azules y con ropa de largos hilos celestes y oscuros que iban continuos desde el cuello hasta los zapatos, vestimenta propia de las familias pudientes. Él también acababa de ingresar a la universidad. Se quedó mirándolo a Washo.

—Perdóname —le dijo con su cantado lojano?, perdí mi “clockybook”. Por eso no sé dónde está mi clase.

—¡Caramba! ¡Primer día de clases y ya te andas con esas!... —dijo Steve?; ¿A qué clase vas?

—Soy nuevo. Creo que había un discurso inaugural en algún lado.

—Yo también me inauguro aquí. ¡Sígueme! Debemos ir al Aula de los Fundadores, donde nos mostrarán el campus. ¡Vamos, que estamos tarde!

Washo lo agradeció y siguió los pasos de su compañero.

>> El Aula de Los Fundadores <<

La mal llamada “Aula de Los Fundadores” —denominada así más por razones históricas— era una metálica plataforma ovalada, emplazada en medio de un bosque de altos y vetustos pinos. Sobre ella permanecían en pie unos quinientos jóvenes que acababan de terminar el colegio.

Washo y Steve cruzaban los pinos para llegar a esa plataforma. Al ver que el grueso portero Iván les silbaba y hacía señas para que se apurasen, apretaron el paso hasta que llegaron. Apenas Washo y Steve pusieron su pie en el metal, del centro de la plataforma surgió un inmenso holograma de cinco metros donde aparecía el busto de un canoso caballero de cara larga y papada corta, en cuyo pecho campeaba el reluciente título de “Magnífico Rector de la Universidad de Los Hemisferios”.

—Veo que ya estamos todos —dijo sonriente la imagen tridimensional—, por lo que podemos empezar. Muy buenos días en esta soleada mañana quiteña. Soy Alejandro Ribadeneira, Rector de esta Universidad.

Al decir estas últimas palabras, el emblema de su pecho relució aún más.

—Es para mí un placer muy grande dar la bienvenida a esta nueva promoción que hoy se incorpora nuestro claustro. Los veo y me parece mentira. La mayoría no tiene ni dieciséis años y ya entra en la Universidad. ¡En mi tiempo no era así!...

La mirada del viejo Rector se perdió en lontananza, aun cuando pronto regresó sobre el grupo de muchachos.

—Pero no hablemos de mí, ni de las guerras pasadas, porque hoy es un día para mirar el futuro, para soñar quiénes seremos, para conocer el lugar donde creceremos en sabiduría, en amistades, en madurez y en humanidad. Los invito a conocer este lugar maravilloso donde gastaremos buena parte de nuestros mejores días.

Ante estas palabras, la plataforma de Los Fundadores comenzó a elevarse y al superar las copas de los pinos más altos, se dirigió hacia los edificios universitarios. Durante el trayecto siguió con las acostumbradas palabras de bienvenida y luego comenzó a explicar cómo estaba organizado el campus.

—En esa primera casa que vemos rodeada de magnolios vivo yo —don Alejandro señaló una casita amarilla de tres pisos y techo a dos aguas?: es el rectorado. Ahí pueden acudir cuando tengan cualquier necesidad.

Los alumnos se repartieron cerca del borde del Aula, para ver mejor lo que el rector les iba mostrando. Aunque no había peligro de caer, por las fuerzas antigravitacionales que rodeaban la plataforma, la mayoría prefirió mantenerse a uno o dos metros de distancia.

—Más abajo encontrarán un gran cajón de cemento, de las mismas dimensiones que el rectorado, pero sin ninguna ventana. Sólo tiene una pequeña puerta de vidrio oscuro. Es el famoso centro de ficciones, “CPM” o “Centro de Producción Menta-visual”. Ahí los comunicadores recrean paisajes, escenas y animaciones holográficas para realizar sus grabaciones visuales, acústicas y mentales.

Frente a la mencionada caja de ficciones se extendía un pequeño jardín de azaleas y otro bloque amarillo mucho más grande y con muchas ventanas, que el rector explicó eran las aulas del Colegio General, donde pronto comenzarían sus estudios. El paseo continuó por otros bosques, bloques y edificios. Mucho llamó la atención a los alumnos descubrir que entre las

edificaciones postcontemporáneas apareció una sin techo, con sus vidrios rotos y paredes carbonizadas.

—Esa que ven ahí fue nuestra antigua biblioteca. Son las únicas ruinas que hemos conservado de la Gran Guerra Universal. Es recuerdo que atiza la conciencia, que rememora el pasado que muchos quieren olvidar. Ahí está para gritarnos que no conviene caminar de nuevo por los caminos que en antaño nos llevaron a la perdición.

Al cabo de media hora de pasear por el primer campus de la Universidad de Los Hemisferios, la plataforma regresó al bosque de pinos del que había partido, descendió en tierra y el holograma del rector se apagó. Se les concedió a los alumnos un receso de quince minutos antes de su primera clase de pregrado.

>> Libros, libros y más libros... <<

Una portentosa campana sonó tres largas, pausadas y profundas veces. Los alumnos apresuraron el paso hacia sus respectivas clases, siguiendo cada uno la flecha de su reloj. Washo y Steve iban juntos.

—Aquí es nuestra clase —dijo Steve frente a una puerta azul sobre la cual se dibujaban en celeste unas sofisticadas letras que decían “BOOKS 1 - PRIMERA SESIÓN” —. Yo entro primero. Nos vemos a la salida.

Quienes ya habían entrado al aula comenzaban a sentarse en sus pupitres. En el estrado un viejo y ceñudo profesor presidía el aula, peinándose los pocos pelos que quedaban en su calva. Veía inquietante el número rojo que se proyectaba en la pared, junto a la chapa de la puerta: el 25. Al entrar Steve sonó un “beep” y el número cambió automáticamente a 26. Sobre los lentes del profesor se proyectó el siguiente texto: “Bachiller Steve Wright, Colegio Intisana, Abanderado”.

Tras él entró Washo, pero ningún “beep” sonó, ni cambió el número rojo, ni se proyectó ningún texto en los lentes del profesor.

—Usted... —señaló el profesor a Washo con su lápiz láser— ¡vuelva a entrar!

Washo, sin percatarse de nada, salió del aula y volvió a entrar. El contador continuó impertérrito marcando el mismo número 26. El profesor arrugó el ceño y se lo quedó mirando.

—¿Señor...?

—Washington Pihuave, para servirle.

—“Pihuave”. ¿Es así? ¿Acaso viene de alguna provincia lejana?

—Sí profesor, vengo de Loja. ¿Y usted?

La clase soltó una carcajada que no gustó para nada al licenciado Adolfo Layana, quien hizo como si no hubiera escuchado la pregunta.

—Señor Pihuave... dígame: ¿ha traído su clockybook?

—No profesor, se me ha quedado en casa.

El rostro del maestro se hizo un puño de arrugas.

—¡Muchacho provinciano! En esta clase usted no encontrará libros de papel. Sólo y únicamente hallará este book-machine, pero usted no podrá leer ni una sola letra de los 170 millones de libros que contiene este artefacto, ni seguir la clase simplemente porque no tiene su clockybook... ¿Qué hará en clase? ¡Nada!... ¡Lárguese!

—Profesor — dijo Steve mientras alzaba la mano?: quizá yo pueda ayudarle. Mi clockybook es de dos bandas. Si lo permite, puedo dejarle que se enganche a una banda por esta clase.

El profesor se sorprendió ante semejante respuesta. Guardó silencio unos instantes y ya sin argumentos para expulsar a Washo, sintió que había perdido la batalla.

—Adelante... —dijo? ¡por esta única vez entre! Pero le advierto que no habrá más oportunidades. Menos mal no faltará a esta primera sesión, que es una de las más importantes. Pero insisto: en adelante, señor Pihuave, no volverá a entrar sin su clockybook. Corra. Siéntese junto a su amigo, y trate de entender lo que digo. Si mañana no trae su clockybook, no entra. ¿Me entiende?

Washo asintió sin más palabras y fue inmediatamente a sentarse al lado de Steve. El amigo se sacó el reloj de la muñeca y, sujetando una correa, le ofreció la otra a Washo. La clase había comenzado.

—Bien niños... —empezó hablando el maestro con un dejo de arrogancia?. Los llamo niños porque aún tienen pañales. Si están en la Universidad, no es por ser mayores de edad, ni porque sean más listos que sus antepasados, que entraban a los 17, 18 o incluso 19 años. Si hoy están aquí es solo y únicamente por la reciente aparición del books-machine, que les ha permitido entrar muy temprano a la Universidad... ¿Quién es el menor aquí?

Ningún chico osó abrir la boca. Layana era buen profesor, pero calzaba más en un colegio que en la Universidad; por eso las autoridades le daban los primeros cursos, donde muchos alumnos aún no habían adquirido la responsabilidad y madurez propia de un universitario. Ante el silencio el profesor intentó buscar los rostros más juveniles y les fue preguntando su nombre y edad.

—Me llamo Wilson Moss y tengo 16 años.

—Soy Andrés Wright y tengo 15 años.

—Yo Alberto Ponce y lo mismo: tengo 15 años.

—¿Y qué me dices de ti?

—Me llamo Michal Twarkowski y también tengo 15 años —al profesor le llamó la atención el nombre. Se fijó bien en la gran talla del alumno, que no parecía tener esa edad.

—¿De dónde eres?

—Yo de Quito. Mi familia de Polonia.

Luego continuó con las preguntas de rutina, dirigiéndose a Washo.

—Y tú, provinciano, recuérdanos tu nombre y edad.

—Soy Washington Pihuave y tengo 14 años recién cumplidos.

—¿Qué? ¡Un niño de brazos! Ya te daremos la teta...

Luego se dirigió a uno de barba y cejas abultadas.

—¿Y qué me dices de ti?

—Soy José Romero y acabo de cumplir los 18 —dijo el joven. Era de mediana estatura y su lacio pelo castaño caía hasta la nuca.

—Un poco viejo has entrado a la Universidad... —observó el profesor.

—No, entré hace dos años a la Universidad de la Liberación, pero decidí cambiarme de carrera y de institución.

—Bueno, más vale descubrir tarde la vocación que nunca. Espero te aproveche esta primera clase de “Books”, donde veremos qué conviene leer y cuándo. Estas cosas no se enseñan en la Liberación...

Mientras decía esto el profesor se fue arrimando a la mesa principal, donde se encontraba un portentoso aparato, del tamaño de una pequeña refrigeradora, llena de leds que por el momento permanecían blancos. El profesor sacó de su bolsillo un supercontrol y puso la huella de su pulgar sobre él. En seguida la refrigeradora emitió unos bajísimos sonidos, como cuando el hielo se derrite, y comenzaron a titilar cientos de leds de la más variada gama de colores. Los alumnos se quedaron maravillados.

—Probablemente todos los presentes, salvo alguno —Layana miró a Washo—, habrán visto en sus colegios algún book-machine para niños que da acceso a cinco mil, seis mil o siete mil libros en un tiempo relativamente largo. Pues bien, no tiene nada que ver con este book-machine profesional —el viejo dio un par de palmaditas sobre el aparato?. Esta espléndida máquina les proporcionará acceso a más de 170 millones de selectos libros y a casi un billón de documentos especializados...

El licenciado prosiguió con gran ánimo explicando las maravillosas cualidades de aquella portentosa máquina que había causado la decimotercera gran revolución cultural, pero sus ímpetus se cortaron y su voz casi enmudeció al encontrar que, sin querer, el discurso lo había llevado a hablar de los funestos efectos de aquella revolución. Entonces, sin decir más, cambió de tema.

—Podréis leer decenas de libros en pocos segundos, aprenderlos en un santiamén. Pero una cosa es “a-prender” y otra “entender”. La educación que se da con el book-machine es como la educación semita, fundamentada esencialmente en la memoria. De ahí el aforismo israelita: “primero aprender, luego entender”. Como lo verán en los primeros books que leeremos, los rabinos se esforzaban en crear frases muy rítmicas para facilitar a sus estudiantes la memorización.

Hecha la introducción pidió a los alumnos que se modularan con el book-machine. Layana tocó su reloj y en el book-machine se encendieron varios leds amarillos. Los estudiantes también pulsaron unas teclas de su reloj, y se quedaron como despistados, mirando a cualquier lugar, sin fijar la atención más que en sus propios pensamientos. Hubiera podido pasar un tren encima de sus cabezas y ellos ni por enterados. En su mente estaban asumiendo a una velocidad vertiginosa un documental que mostraba a unos niños judíos sentados en la sinagoga, repitiendo las mismas frases que su maestro les enseñaba: “ojo por ojo, diente por diente”, “más vale entrar al cielo cojo, que cojo condenarse”...; las imágenes iban entremezcladas con las explicaciones sobre la enseñanza semita de un catedrático de la Universidad de Aj, el doctor Holms. Holms explicaba que en el antiguo Israel los menores acudían a las sinagogas a recibir educación política, moral y religiosa. Allí aprendían a leer y a practicar las tradiciones de los pasados. Más tarde sucedió que... Y en el siglo XIX los judíos religiosos permitieron el acceso a esta educación a las mujeres... Luego se pasaron imágenes de la enseñanza en Roma, en la edad media, en la edad moderna... Y aprendieron que hasta el siglo XX la educación se fundamentaba principalmente sobre la memoria. En la mente de los conectados al book-machine se escuchaba “la letra con sangre entra”, mientras veían a una profesora dando reglazos sobre la mano de un muchacho malcriado... Aparecieron las imágenes de larguísimas clases magistrales... No se enseñaba a razonar. Luego vino la impresionante historia del tercer milenio, cuando Stractson inventó el books-machine: una máquina que permitía a quien se conectase a ella, leer electrónicamente en pocos minutos un libro... para leerlos sólo hacía falta tener un teléfono celular con entrada neuronal y activar la conexión tera-wifi. Cuando la hipernanotecnología mejoró, el teléfono móvil fue reemplazado por el reloj de muñeca... Entonces se produjo la decimotercera revolución cultural, y más tarde estalló la Gran Guerra.

Luego de unos veinte minutos donde se reprodujeron 31 books históricos en las cabezas de los alumnos, las luces del book-machine se fueron apagando y los estudiantes comenzaron a recuperar poco a poco la atención en el mundo real. Cuando todos recobraron la consciencia, Adolfo pudo proseguir con la clase.

—¿Qué les pareció la información presentada?

El temor del primer día de clases se manifestaba en el generalizado silencio. Sólo Washo alzó la mano. Adolfo se la bajo diciéndole que ya contestaría cuando trajera los materiales de clase. Nadie más se animó a intervenir.

—¡Señores, dignense pensar, aunque sea por sólo unos segundos! Como saben, desde que se comercializó masivamente la infernal máquina de Stractson —el profesor señaló al books-machine? la gente comenzó a terminar prematuramente el colegio a los 16, 15 o 14 años de edad. Hoy los colegios solo sirven para dar datos, para llenar de información nuestro disco duro,

>> Cuchicheos van, cuchicheos vienen <<

El licenciado Layana salió del aula y tras él casi todos los alumnos, buscando algo de sol para calentarse. Tenían diez minutos para tomar aire, y el mejor lugar era en los verdes jardines que se extendían frente al CPM, donde caían nítidos los rayos solares. En esos prados los chicos concentraron su atención sobre Washo.

—¿Y tu clockybook?

—¿Cómo has venido a clases sin clockybook?

—¡Qué osado!

Para todos era simplemente impensable que hubiera sucedido. Lo que más les extrañaba era que Washo no se justificaba. Y, como sucede siempre, los silencios fueron mal interpretados por Wilson, un chico alto, fornido y vestido de marca *Sweet-tweet*.

—No osado: ¡Tonto! —replicó Wilson?; debe ser de aquellos tontos y melancólicos sureños que aún leen libros de papel.

Washo evitó seguir mirándolo, con lo que se delató. Alberto Ponce, que provenía del mismo colegio de Wilson, *La Condamine*, enseguida hizo liga al darse cuenta de que su amigo había dado en el clavo.

—Sí, ha de pertenecer a la vieja derecha conservadora. ¿Quién habría pensado encontrar un bicho como este, en esta Universidad?

—Al contrario —respondió Washo—, ¿quién habría pensado, encontrar un cerrado y obtuso como tú en una “universidad”, que debe tender a la “universalidad”?

La cosa hubiera ido a más si en ese momento el nuevo profesor de filosofía no hubiera asomado. Más allá, luego de los pastos verdes y del largo pasillo de aulas la puerta del aula volvía a ponerse azul para comenzar una nueva sesión de clases.

>> Una tediosa espera mirando al cielo <<

Aunque el resto de profesores le hicieron menos problemas por lo del clockybook, el día igual resultó largo y tedioso para Washo, sobre todo en los intervalos. Como era de suponer, cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde dando final a las clases del día, él fue el primero en salir al parqueo a esperar a que su padre lo recogiera. Pero el Andino no apareció enseguida en el cielo. Sentado sobre unas gradas Washo vio desfilar a todos sus compañeros. Wilson y Alberto fueron los primeros en despedirse, pues habían parqueado su propio jetcar en los prados universitarios. Al pasar a su lado le gastaron la última broma de la jornada:

—¿Qué? ¿Esperas que te vengán a ver en un carro de cuatro ruedas?

—No. Más bien estará esperando que asome por allá un carruaje tirado por caballos... — dijo Wilson señalando una largo empedrado que siglos atrás había servido de calle para entrar a la Universidad.

Ambos se rieron del gesto amargo de Washo y lo imitaron. El asunto no fue a más porque enseguida se subieron a sus jetcar, se elevaron y se perdieron entre las nubes. A continuación llegó el bus universitario, extendió la escalera y sus ocho patas de antena. La mayoría de los que permanecían en la plataforma se embarcó en esa mole con tentáculos. La mayoría pasó frente a Washo sin tomarlo mucho en cuenta. Él quiso convencerse de que actuaban así porque no se conocían aún bien, pero una corazonada le decía otra cosa. Por último estaban chicos como Steve, que esperaban que sus padres o un familiar los viniera a recoger. Steve conversaba al otro lado del escudo holográfico de la Universidad con Andrés Wright y José Romero, que al rato fue recogido por un amigo suyo que aterrizó en un pomposo jetcar plateado, en cuyo parabrisas estaba adherida la calcomanía roja de la Universidad de la Liberación. Cuando el jetcar despegó, Washo decidió sacudirse el aburrimiento juntándose al dúo restante.

—Hey, ¿también se han olvidado de ustedes? —preguntó Washo. Andrés permaneció callado. Steve, en cambio se excusó.

—No, mi papá tenía hacerse una operación de corazón esta mañana y me dijo que seguramente llegaría un poco tarde, tipo cinco.

—¡Pobre! ¿Tenía algo grave?

—Nada muy serio: tenían que dilatarle unas cuantas venas que se le comenzaban a tapan... Es más preventivo que mortal. La tardanza es porque después del trabajo tenía cita en Ibarra a las 3:47 con el médico para que le pasara las hondas. Luego de eso venía.

—Igual, me da pena.

De repente Andrés, que se mantenía relativamente al margen de la conversación, intervino.

—Oye, ¿es verdad que eres de la vieja guardia?

En el fondo era la misma cuestión que ya se había debatido en clase, pero ahora se formulaba en un tono más calmado, con menos gente y menos tensiones. Esta vez Washo bajó la guardia y respondió esbozando una sonrisa.

—Más o menos... Más es porque en casa papá tiene que pagar algunas deudas y lo del clockybook puede esperar. Menos por lo de la línea política.

A Steve no le sorprendía tanto el tema político, como el hecho de que hubiera logrado ingresar a la universidad.

—¿Pero cómo piensas estudiar la carrera sin un clockybook?

La verdad es que desde que apareció la famosa máquina, aunque con los años fue bajando de costo, se abrió mucho la brecha entre los sectores pudientes de la sociedad, que se

hiperculturizaron, y la clase obrera, que terminó haciendo el trabajo de los robots a un precio menor. En los días que se vivían resultaba impensable entrar a una institución educativa sin un clockybook. Ante la pregunta de José, la duda se dibujó en el rostro de Washo.

—No lo sé bien. Papá dice que si él no necesitó un clockybook para conseguir el título, tampoco yo lo necesitaré. Leo rápido, pero no sé si me bastará... Ya veremos.

Los dos chicos se habían quedado atónitos con la respuesta. Steve simplemente replicó:

—Pues tendrás que leer muy, muy rápido, para poder graduarte.

Mientras tanto, entre las bandadas de jetcars que volaban en el despejado cielo los chicos distinguieron una nave que frenaba su vuelo para detenerse sobre la Universidad.

—¡Es mi padre! —dijo Steve?; creo que nos vamos.

—Si ha llegado a esta hora, supongo que la operación habrá salido bien —acotó Washo.

—Eso espero.

En efecto, era Ricardo Wright, el padre de Steve, que venía a recoger a su hijo y a su sobrino Andrés. Como a esas horas no había tráfico en el parqueadero, en nada logró aparcar. Los chicos se despidieron, se embarcaron, despegaron y partieron rumbo al norte. Washo esperó una hora más, y a eso de las seis y media de la tarde, entre los últimos rayos del sol y las nubes grisáceas logró distinguir el viejo Andino que botando humo comenzaba a frenar. Al aterrizar, padre e hijo se saludaron sin grandes efusiones. No faltó la pregunta de cómo había resultado el primer día de clases, ni la de cómo había estado el trabajo.

—Todo normal, pa' —respondió el chico.

—Yo lo mismo, nada muy especial —contestó el padre.

Si Washo no hubiera estado tan sumido en sus pensamientos, le hubiera extrañado tal sequedad en su padre en ese día en que él empezaba clases. Pero no se percató. El viaje a Loja continuó por media hora más, en un relativo silencio, a veces interrumpido por alguna queja contra el tráfico, contra el viento o contra el deteriorado Andino que hace tiempo necesitaban reparación.

>> Las razones del día <<

—¿Por qué existe día? ¿Por qué existe noche? —preguntó el delgado Washington Pihuave a sus seis hijos, desde el extremo de la larga mesa que presidía. El extremo opuesto de la mesa daba contra la pared de la cocina, donde un boquete se abría de cuando en cuando, para dejar salir unos condimentos, unas bebidas azules, unas papas fritas, una bandeja de “gallina criolla” de delicioso bronceado. El boquete se abría y la banda transportadora paseaba parsimoniosamente los alimentos por los puestos de los comensales.

—¿Quién no lo sabe, pa’? —intervino Daniela, una pequeña de nueve años? el día pasa cuando una zona de la tierra está de cara al Sol; la noche cuando, por la rotación, esa zona pasa por donde no llegan sus rayos.

Era justo la respuesta que el padre esperaba escuchar y a la cual deseaba replicar. Pero antes de hacerlo, reparó en el tremendo parecido de su hija Daniela con la mujer del retrato que colgaba en la pared.

—Sin duda es lo que habrás receptado en el colegio, pero ahí no se acaba el asunto. Si eres inteligente, detrás de cada respuesta siempre podrás hallar un porqué adicional. ¿Qué pasaría si yo te preguntara por qué conviene que exista el día y que exista la noche? ¿o, más profundo aún, por qué de todos los mundos posibles el Creador hizo uno donde existiera el día y noche? Hago la misma pregunta, pero exijo una respuesta más profunda de la que ustedes cinco han aprendido en el colegio o, Washo, en la universidad...

En ese momento Washington descubrió que su hijo mayor no le miraba a la cara, ni aun cuando pronunció su nombre. Algo raro se traía.

—¿Qué piensas Washo?

—No sé... quizá el día existe para aburrirse en clases a las que uno no puede asistir por no tener un clockybook, y la noche para sufrir en la espera del día siguiente.

En ese momento el padre se percató de todo. Conocía bien el carácter marcadamente secundario de su hijo, capaz de asumir en un primer momento los golpes más duros sin inmutarse, para después ir hundiéndose poco a poco durante las siguientes horas o días, cuando la mente va madurando y agrandando lo sufrido, hasta estallar de algún modo, como lo había hecho esta vez con aquella irónica respuesta. Washington se quedó viendo los ojos del hijo que no alzaba la mirada de la comida.

—¿Qué pasa?

—Nada, pa’... Nada, sólo que el profesor de Books 1 ha prohibido entrar a su clase a todos los estudiantes que no trajeran su clockybook, es decir, a mí, que era el único a quien le faltaba.

El silencio volvió a repetirse. El padre mantenía su vista sobre la mirada gacha.

—¿Quién es tu profesor de Books 1?

—¿A qué va esto? Un tipo mala gente: Layana... Adolfo Layana si no recuerdo mal.

—Ok, veamos...

Washington aplastó unos botones que se dibujaban sobre la mesa del comedor y sobre la zona central de la mesa se proyectó un holograma cilíndrico con diferentes casilleros. Uno de ellos era el de la Universidad de Los Hemisferios. Al pulsarlo con el dedo Washington dijo: «ver sílabo de Books 1, Layana» y al instante apareció una lista de 788 books que el profesor había previsto leer durante el semestre. Revisó la lista rápidamente y dijo: «descargar en el book-reader de junior los books de Layana previstos para mañana». En el acto, la tablet del hijo notificó a viva voz que había recibido exitosamente 31 libros.

—Muy bien. Si los lees esta noche en justicia mañana no podrás sacarte de clases.

Washo torció los labios en señal de desaprobación, sabiendo que no tenía más remedio. Por el momento era su única salida para continuar en aquella universidad donde tantas expectativas había cifrado. Tomó su tablet y se levantó sin comentar nada.

—Deberías agradecerlo —dijo el padre. El chico le dirigió una mirada de furia.

—¡Eres peor que la inquisición!

Washo se fue a su cuarto, donde se encerró con su enfado. En el comedor los menores se quedaron consternados con la actitud del hermano mayor. Washington pasó la mirada sobre sus pequeñas cabecitas que apenas se alzaban sobre el nivel de la mesa, meditando qué convenía decir en aquel momento para evitar armar un mal ambiente.

—Quizá no lo entienda, pero es por su bien —acotó. La tensión seguía inmovilizando a los niños. El padre alzó un poco más su mirada y la clavó en los ojos del retrato de la pared, donde en dulces celestes se dibujaba con trazos rápidos e impresionistas, al estilo de un Monet, una bella joven sentada junto a la ventana, mirando al espectador con una inusitada ternura. Esa imagen le llegó al alma a Washington. Dio un suspiro y sin poder apartar la mirada del cuadro repitió:

—Sí Dora: quizá no lo entienda, pero es por su bien.

En el cuarto el enfado de Washo pudo más que los libros que debía leer. Sentado sobre el borde de la cama intentó leer el libro póstumo de Stractson, *Oh infeliz de mí*, donde se lamentaba de haber inventado el book-machine. Sin embargo, en aquel momento era demasiado denso para arrastrar su atención y para hacerla salir del torbellino de pensamientos que aturdían su cabeza. Durante varios minutos sus ojos se clavaron en el cristal de la tablet sobre las mismas letras. Ni una página había leído en un cuarto de hora.

—¡Ba! Es imposible estudiar así...

Al ver que era imposible leer todos esos libros con tanto enfado, dejó caer sus espaldas sobre la cama. Entonces regresó el recuerdo del temible Layana, y de nuevo intentó buscar una solución... Al final decidió irse a dormir y levantarse más temprano, ya con mejores ánimos, para leer. Se levantó de la cama para desvestirse, se puso el pijama, en el cabecero de la cama activó la temperatura en 25 grados centígrados y se metió dentro de las sábanas. Y mientras se dormía consideró que esa podría ser una razón de fondo para que existiera un día y una noche: cortar con los pensamientos más amargos, darle una oportunidad al hombre para salir de sí, para no enrollarse demasiado en cosas que no valen la pena... Sabía que el pensamiento humano, a diferencia del intelecto angelical, es demasiado propenso a caer en enfermedades psíquicas que le impiden salir de sí y que lo sumen en la desesperación. Así, cada día ofrece una nueva perspectiva a los mismos asuntos y facilita rectificar las opiniones, recomenzar con más bríos el trabajo comenzado. Sí, ahora lo veía claro: los últimos minutos de la jornada nos permiten matar las malas experiencias del día y cada mañana nos brinda una nueva oportunidad para vivir.

>> Hay libros que matan <<

El día siguiente no amaneció tan mal. En la mesa del desayuno apareció aquella granola con nutella que tanto le gustaba a Washo. El cielo estaba abierto, aunque levemente nublado en el horizonte. En el vuelo a la universidad no hubo más tráfico que el normal; incluso pudieron aterrizar más holgados porque fueron al parqueadero de profesores. Ese día le tocaba a Washington dar clases temprano. Tampoco hubo el inconveniente de no ser identificado por el contador de alumnos al entrar a la clase, pues su padre había configurado la tablet para que lo notificara. Por eso cuando Layana lo vio entrar no hizo mayor problema, pues pensó que llevaría el clockybook en el bolcillo o en la maleta.

Layana inició la clase retomando lo dicho el día anterior.

—Les comentaba ayer que a través de esta portentosa máquina, maravillosa o infernal, los profesores de la universidad podemos darles acceso a más de 170 millones de libros selectos, a casi un billón de documentos especializados y a billones de textos de literatura, opinión y pensamiento.

Desde la última fila, Wilson soltó por lo bajo un comentario a Alberto.

—¡Ba! Es poco. En casa me han comentado que en la Universidad Pública de la Confederación dan acceso al doble de libros, sin ningún tipo de restricciones.

Sobre la marcha el profesor dijo:

—En la Universidad Pública de la Confederación dan acceso a casi el doble de libros, sin ningún tipo de restricciones, porque no les preocupan los alumnos, ni se toman el trabajo de seleccionar los mejores libros. Señor Moss, aquí procuramos guiar sus lecturas para que vayan directamente a lo mejor de lo mejor, y así puedan formarse con bases sólidas y luego puedan juzgar el resto de lecturas.

Layana había escuchado el comentario a través de un nuevo dispositivo recién salido al mercado que amplificaba en el oído las murmuraciones de los alumnos. Era como un pequeño esparadrapo rectangular pegado en el pabellón de la oreja. Atajado el comentario, Layana pretendía proseguir con la clase, pero al observar el rostro de extrañeza de algunos alumnos, vio conveniente alargarse un poco más en la explicación.

—Verán chicos, ya en el siglo V san Agustín decía: “he visto a muchos que querían engañar, pero no he visto a nadie que quisiera ser engañado”. Lo mismo en nuestros días. Si quieren ser engañados déjense caer al azar en cualquier texto: en el mejor de los casos, a los diez libros tendrán un diez por ciento de confusión. Hay libros buenos que dejan poso en el alma; hay libros vanos que no dejan nada y no son más que una pérdida de tiempo. Pero no son los peores. Los peores son los que engañan: los que hacen pensar que uno sabe una materia, cuando en realidad no se sabe nada. Si uno comienza leyendo esos libros, terminará muy mal, pues muy grande es el poder de los libros. Y de los libros poderosos, el más poderoso es el primer libro. La primera lectura sobre un tema es la que fija las estructuras iniciales del pensamiento, es la que sienta las bases para el razonamiento posterior. “Dime qué has leído y te diré qué piensas”, dice un refrán muy conocido. Pues yo digo más: “dime qué has leído y te diré qué pensarás”. El conocimiento futuro se construye sobre lo aprendido en el pasado. Por eso en nuestra Universidad no dejamos que el primer libro se decida a la suerte, que puede ser buena o mala. Aquí nos preocupa la gente.

Las restricciones nunca han gustado, ni gustaron mucho a varios de los presentes. Alberto musitó a Wilson:

—Aquí nos van a lavar la cabeza.

nuestra dura cerviz. Ahí sólo adquirimos conocimientos a través de un books-machine escolar. En cambio, aquí aprenderán a ser hábiles con la cabeza y a ser hábiles con el cuerpo, a razonar bien y a moverse bien.

A decir verdad, estas últimas palabras Adolfo las dijo sin mucho entusiasmo.

—Jóvenes, algo parecido a lo que han visto en la era antigua con los israelitas sucede al digerir un book. Se conoce, no se entiende. La lectura virtual no nos hace profundos, ni precisos, sino sólo eruditos y muy soberbios; no nos proporciona un conocimiento agudo de un tema, sino sólo un conocimiento habitual. Para ser profundos hay que darle vueltas a las ideas, hay que pensar un poco, hay que reflexionar. Sin meditar lo que se ha leído, las letras no son más que la imagen periférica que se proyecta en el rabillo del ojo, que se ve y no se ve. En “Books 1” ustedes aprenderán a profundizar sobre lo leído, a reflexionar sobre lo que ven, en una palabra: a pensar.

En ese instante la puerta de la clase adquirió una tonalidad amarilla. De esa manera las autoridades de la institución señalaban a los profesores que la clase debía concluir en tres minutos. En tres minutos se pondría roja terracota y el catedrático ya no tendría ningún chance para seguir hablando. Adolfo entonces optó por acabar.

—Bien, mañana continuaremos con esta lección introductoria. Por hoy no se diga más.
Chao.

Y sin más palabras, ni emociones, la clase terminó.

Layana también escuchó este murmullo, pero decidió batirse con él más tarde. Sabía que la clase “Books 1” tenía por cometido explicar este tipo de cuestiones. Así que continuó con la lección, digitando tres teclas de su reloj. Al instante se proyectaron en el pizarrón los 31 libros que a continuación serían transmitidos por el books-machine. Sin chistar los alumnos encendieron sus clockybooks, el profesor dio nuevas instrucciones a su reloj y se iluminaron varios leds amarillos de la gran máquina que dividía el salón. Los estudiantes pronto se quedaron absortos, como despistados, mirando a cualquier lugar, sin fijar la atención más que en sus propios pensamientos. Washo se limitó a agachar la cabeza para no llamar la atención. Las mentes de sus compañeros asumían a una vertiginosa velocidad los libros de Stractson, así como varios documentos de filosofía de la ciencia, junto con los “Estudios del efecto Werther” realizados en 1974 por el sociólogo David Phillips... Quince minutos bastaron esta vez para la transmisión de los 31 books. Las luces del book-machine se fueron apagando y los estudiantes comenzaron a recuperar poco a poco la consciencia. Adolfo entonces retomó la palabra.

—La historia ha demostrado repetidas veces, pero más desde la aparición de esta máquina infernal, que no sólo hay libros que confunden, sino que también hay libros que deprimen, y hay otros que hacen odiar, y hasta los hay que matan. Piensen en *Las penas del joven Werther* de Johann Wolfgang von Goethe, publicada en 1774, que ocasionó el llamado “efecto Werther”: la popular novela de amor causó tal depresión en sus lectores, que muchos de ellos incluso llegaron a suicidarse de forma similar a la del protagonista. Por eso las autoridades de Italia, Alemania y Dinamarca prohibieron la comercialización de esa novela. Como habrán visto, Phillips demostró que un efecto similar seguía dándose en Estados Unidos: según los datos recogidos entre 1947 y 1968, el número de suicidios se incrementaba en ese país al mes siguiente de que el New York Times publicara en portada alguna noticia relacionada con un suicidio.

En el fondo de la clase algunos chicos se mostraban escépticos.

—¡Bah! ¡Imagínate: que un libro pueda matar! —dijo en voz baja el mayor del curso, José, al delgado, despeinado y mal vestido de Lucas, que se encontraba a su derecha. El profesor se impuso con una mayor fuerza de voz.

—Sí, hay libros que hacen odiar, y que maltratan, y que generan guerras. “Mi lucha” de Hitler, “El capital” de Marx, “El estrangulador” de Warson y la serie de “Saciados de horror” de Clark, publicada ya en tiempos del books-machine, son ejemplos de páginas de dinamita que hicieron estallar Europa y el mundo en odios, guerras y divisiones. El régimen nazista de Hitler cobró alrededor de cuatro millones de vidas. Más pudieron los libros comunistas de Marx: cuarenta millones de vidas rusas cayeron con Lenin, sesenta y dos millones de chinos con Mao Tse-Tung... Después, en el siglo XXI, la bandera neosocialista de Warson generó un odio capaz de asesinar a treinta millones de suramericanos, y ni se hable de Clark, ni de su neocomunismo, que rápidamente se difundió con la decimotercera gran revolución cultural y con la aparición del books-machine. ¡Siete mil millones de personas fenecieron por esos estúpidos ideales, supuestamente humanitarios, plasmados en un pequeño libro de dos mil páginas!...

El profesor se extendió varios minutos en su explicación del “pavoroso poder devastador” de los libros, hasta que la puerta del salón adquirió una tonalidad amarilla. Layana advirtió, una vez más, que en su clase sólo había hablado él y que no había hecho pensar nada a los alumnos. Por ello terminó anunciando que la próxima sesión debatirían más sobre el asunto.

La puerta se puso verde y los chicos se sintieron en libertad de salir. Enseguida, mientras el profesor recogía su maletín, Lucas La Rotta fue a conectarse al books-machine para recibir durante el break algo más de información sobre la clase vista: el chico no desaprovechaba un segundo. El profesor pensó que era demasiado, pero no hizo ningún comentario y se decidió a

salir. Para salir tuvo que sortear algunos alumnos que regresaron al aula porque afuera había comenzado a lloviznar.

Sin Layana los chicos se sintieron en libertad de hablar.

—¿No te decía yo? —decía Alberto?: ¡nos van a lavar la cabeza!

—¿Quiénes se creen que son? ¡Nos limitan el acceso al saber, al amplio mundo del bagaje universal!

El joven Washo veía y oía todo esto desde su pupitre, esperando con evidente inquietud la siguiente hora de clase.

>> Una inquietante clase, con un inquietante profesor <<

La siguiente era la clase de poesía. Washo sabía que el profesor no le pediría que portase un clockybook, ni nada por el estilo; lo que temía era otra cosa muy distinta. El catedrático que entró por la puerta era todo lo que se podría esperar de un profesor de una materia así de lírica: un señor algo mayor de facciones finas tapadas por una barba grisácea poco cuidada y unos lentes anchos, y lleno de papeles viejos bajo el brazo. Vestía una boina verde olivo que cubría su calva, un corbatín verde olivo, una chaqueta café de cuatro botones verdes olivo y unos zapatos verde olivo. Era un auténtico olivo que se paraba frente a su más difícil público. Pues bien, ese era el padre de Washo y eso era justamente lo que a Washo inquietaba.

Pese a un cierto parecido entre padre e hijo, la tupida barba facilitaba que nadie los asocie. Y ello dio un respiro al menor hasta cuando el profesor se presentó.

—Buenos días, mi nombre es Washignton Pihuave y soy padre de ese flaco que está ahí sentado entre ustedes —el público se sonrió y se oyeron murmullos?. Mi currículo lo tienen en el books-machine, donde también encontrarán el contenido de la materia y demás datos que ahora nos sobran. Bueno, bueno, comencemos con la pregunta de siempre: ¿qué esperan ustedes de las 20 clases de poesía que tenemos por delante?

A diferencia de otros años, esta vez nadie en el curso contestó. En realidad los alumnos sólo reparaban en una cosa: de tal padre, tal astilla. El rostro de Washo delataba un cierto temor producido por la vista de sus compañeros y trataba de acusar al padre. Washington confirmó así sus viejos presentimientos: ¡ciertamente iba a ser complicado darle clases a su propio hijo! Ante él se levantaba un inexorable juez que dictaría sentencia antes de lo esperado. Cierto que el juez era su hijo, pero eso complicaba aún más las cosas, pues de su sentencia dependía la paz familiar.

—¿Nadie se anima a responder? —insistió?; por favor, piensen, ¿por qué dedicar tantas horas a una materia como esta?

Se oyó un rumor en el fondo del aula, por la fila de Wilson, Alberto y Mateo.

—¿Qué nos va a enseñar este viejo?

— ¡Es una tontería estudiar poesía! ¡Una pérdida de tiempo!

Algo escuchó el profesor con su disimulado amplificador de oído y decidió seguir el hilo de las críticas, caminando entre los pupitres para que lo escuchen y vean mejor.

—Sí, la poesía es una tontería, probablemente es la materia más absurda que se da en esta Universidad... —los murmuradores se sorprendieron de que los hubiesen escuchado?; pero preguntémoslos, ¿por qué las autoridades académicas la han dejado en el pensum? ¿No será que piensan que estos estudios nos facilita hablar, decir aquello que de otra manera no sabríamos expresar?

Echó una mirada alrededor de sus pupilos y al notar que aún no había logrado captar su atención, lanzó una segunda pregunta que había funcionado en cursos pasados.

—¿Quién de los presentes ha tenido pareja?

Sólo José Romero, el mayor del curso, se sintió en la obligación de alzar la mano. Algunos chicos más habían tenido su romance, pero se retrajeron de responder al ver que nadie reaccionaba ante las preguntas del profesor.

—¿Cómo? ¿Sólo José? —preguntó el profesor tras leer su nombre en el pequeño holograma que se levantaba sobre su pupitre. El silencio seguía imperando.

—Al menos, supongo que se habrán enamorado alguna vez en su corta vida. Y supongo también que habrán experimentado que cuando uno se encuentra con la persona soñada uno se ve

desprovisto de palabras, de recursos, de medios para expresar todo lo que se lleva dentro. Ante el amor nos sentimos diminutos, la lengua se traba, no sabemos bien qué decir... Somos unos genios hasta el segundo anterior al encuentro y nos convertimos en tarados mentales cuando la persona susodicha aparece... Quizás en ese instante sea poesía evidenciar nuestra inseguridad, nuestra falta de palabras, pues nuestro silencio dirá mucho más de lo que nuestra lengua acertaría a decir. O quizá simplemente es que no hemos estudiado poesía.

Al constatar que no había reacciones, Washington regresó al frente del aula y se dispuso a prender el books-machine. Varios chicos alzaron sus muñecas para alistar el enlace de sus clockybooks. Inesperadamente Lucas, que nunca había alzado la mano, la levantó con cierta timidez.

—Disculpe profesor... es decir, perdón... No es que lo quiera contradecir, no, para nada, pero con el books-machine uno puede aprender más de mil poesías así, en un nada... y ya. Sí, entonces si esto es así, ¿para qué entonces estudiar poesía?

La pregunta resultaba especialmente inquietante a Lucas, quien dedicaba largas horas a recibir todo género de documentos de los books-machine que encontraba. Era uno de esos chicos raros cuya vida virtual había adquirido más importancia que la real. No sabía expresarse sino a través de su clockybook; al hablar su cerebro no conectaba bien con la lengua. Washington intuyó todo esto cuando lo escuchó hablar.

—Sí, sin duda uno puede conectarse y registrar en el cerebro toneladas de poesías, pero a la vez puede no saber nada de poesía. ¡Nada! ¡Ni una gota! De igual manera, uno puede estar junto a una eximia obra de arte renacentista y no darse cuenta. De hecho, así definía Gilbert Keith Chesterton a la vulgaridad: la vulgaridad es estar cerca de la grandeza y no enterarse. La poesía es algo más que un objeto de conocimiento: es un arte. Y el arte es el resultado de una experiencia volitiva, cognoscitiva y emocional que nos hace revivir lo pasado y, desde esa vieja experiencia, nos catapulta hacia lo más bello. Pero, ¿qué es la belleza?

Estas últimas palabras chirriaron en los oídos de muchos alumnos que aún pensaban que bastaba activar el books-machine y recibir un sinnúmero de informes para conocer todo sobre un tema. Sin prestar cuidado a la desaprobación, el profesor decidió ahora sí prender la máquina.

—Les enviaré en este momento una serie de lecturas. Luego de recibidas les haré una simple pregunta en la que quiero que mediten: ¿qué es la poesía?

Los leds del books-machine comenzaron a ponerse de colores, los rostros de los chicos perdieron la atención al profesor. Sólo quedaron con vida consciente Washo, que muerto de aburrimiento subía y bajaba uno por uno los dedos de la mano sobre su pupitre, y su padre, que lo dejaba pasar. Luego de un minuto le preguntó:

—¿Sabes qué es la belleza?

Washo lo negó con la cabeza, sin prestarle mucha atención.

—Para mí... yo, la máxima expresión de belleza que conozco es, sigue siendo, tu madre. Ella es la belleza, aún después de tantos años sin verla.

El chico levantó los ojos, pero ahora era su padre el que ya no lo atendía. En fin, pasaron unos minutos más y los leds del books-machine comenzaron a ponerse amarillos, hasta que al fin se apagaron. El público, a su vez, comenzó a recuperar la atención en las cosas reales de este planeta. Cuando las pupilas de todos pudieron enfocar bien al profesor, éste volvió sobre la cuestión planteada.

—Bien, chicos, vamos a resolver la pregunta hecha: ¿qué es la poesía?

—Según la Real Academia Española, poesía es la “manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa” —dijo Lucas.

—La poesía es la ciencia del poema, de la composición en verso, del hablar rítmico, de la métrica, la entonación y la cadencia —acotó Alberto.

Su amigo Wilson, con aires de orgullo, dijo más:

—La palabra proviene del término latino *poesis*, que a su vez deriva de un concepto griego: es la manifestación verbal de una idea o sentimiento interno, ya en verso, ya en prosa, ya en canto. Aunque es incierto su origen, las inscripciones jeroglíficas egipcias del año 2.600 a.C. aún hoy se consideran la primera manifestación poética de la que se tenga registro. Esas canciones, de las que se desconoce su música, poseen significación religiosa y aparecen desarrolladas en distintos géneros, como odas, himnos y elegías.

Washington escuchó paciente algunas respuestas más del estilo, que no eran sino repetición de lo que acababan de recibir. En un momento dado tomó la palabra para cambiar el rumbo de la conversación.

—Han recordado bien las definiciones dadas en los books recibidos, donde se define la poesía como poema y como ciencia. Pero nadie se ha percatado que ambas definiciones sólo atienden a la forma y no al fin. ¡Nadie ha captado la esencia más profunda de lo poético! Han leído a Bécquer y no lo entienden. Por favor, piensen un poco más aquellos versos del autor: “¿Qué es poesía?, dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul. / ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú”.

Ahora sí que la clase había enmudecido. Ninguno se atrevía a soltar consideraciones personales, porque no las había.

—Me han dicho que poesía es verbo, es métrica, es ritmo... Alguno más agudo, o quizá sólo con mejor suerte, ha mencionado que la poesía expresa los sentimientos interiores, e incluso la belleza, y en esto lleva más razón. La poesía hace salir, es siempre abierta, siempre nos transporta a otro lugar. No hay poesía en los labios, si primero no hay poesía en la naturaleza, en el más allá... Beethoven no hubiera podido componer la Oda de la Alegría, ni Schiller componer su letra, si primero no hubiera existido la alegría. La poesía hunde sus raíces en la realidad: en una chica bella, en la luz de una idea fabulosa, en un paisaje que nos hace cantar... Sin belleza, no hay nada que cantar. Y la belleza nunca es solitaria: así como no hay conocido sin cognoscente, tampoco hay nada bello sin alguien que lo contemple. En palabras de Voltaire: el ideal de belleza de un sapo es la hembra de su especie.

Se detuvo unos minutos para tomar aire, pues hablaba cada vez con mayor velocidad. El profesor fácilmente se emocionaba en el discurso.

—Bien, por todo esto, la poesía nos permite descubrir una faceta nueva de la realidad, un universo al que este books-machine no nos da acceso. Por eso no es raro que varias culturas, como los persas, hayan considerado a la poesía como el arte principal, ni que Hegel la haya puesto por encima de la arquitectura, de la escultura, de la pintura y de la música... Las artes abren el espíritu obtuso. No es lo mismo ver un cuadro, que contemplarlo. En el segundo caso el alma está más abierta a la realidad, que hace más suya...

La fila de atrás había comenzado a perder el hilo conductor de la clase, que ya era muy abstracto para las inteligencias medias. A baja voz Alberto soltó el comentario:

—Bien, ¿y a mí todo eso qué? Leo todos los libros y paso.

—Estas clases parecen de filosofía... ¡peor, de metafísica! —respondió Wilson.

La última palabra restalló en el oído del profesor, quien comprendió que tanta especulación ya debía aterrizarla a la realidad de los presentes.

—Pongamos un ejemplo más ordinario —continuó Washington—: ahora ustedes conocen cientos de poesías excelentes, pero por ninguna sienten especial predilección. En cambio

seguramente sonará en su memoria alguna canción de moda de dudosa calidad técnica, que les atrae mucho porque una noche la oyeron junto a una persona muy simpática, o en medio de una gran pena, o mientras pasaban un buen rato con sus amigos. Posiblemente aquella mala canción tendrá para ustedes más poesía que las “Coplas por la muerte de mi padre” de Jorge Manrique, porque simplemente esas notas son capaces de rememorar momentos mucho más importantes para sus vidas. La canción produce nostalgia. A esas arrítmicas y pobres notas se les ha añadido un significado principal: el de aquel pasado espléndido, el de aquella pena...

En ese momento una alarma se activó: la puerta del salón se puso a parpadear el rojo y el blanco de manera intermitente. Por los parlantes se anunció que las clases quedaban suspendidas y se solicitaba a los estudiantes que salieran a los parqueaderos. A los profesores se les notificó de forma personalizada en sus oídos que acababan de recibir un aviso de ataque terrorista, que enviarían a los alumnos al parqueadero y luego desconectarían todas las máquinas.

El aviso alegró a los alumnos. Afuera se corrió el rumor de que alguien había mandado el típico mensaje anónimo de bomba para no asistir a clases. Al ver la señal de alarma en la puerta, el jolgorio se armó y todos se levantaron para salir del curso, sin mirar al profesor, mientras gritaban: ¡alarma! ¡alarma! ¡alarma!

>> Matando el tiempo y matando algo más <<

Había pasado más de una hora desde la señal de alarma. Vaya en serio, vaya en broma el aviso de ataque terrorista, las autoridades académicas habían decidido adoptar todas las medidas de prudencia. Para el efecto, a más de apagar los books-machine y demás computadoras, también desconectaron la red física del campus universitario y cortaron la señal inalámbrica en todos los puntos en que les fue factible hacerlo.

En los parqueaderos los estudiantes esperaban bajo la lluvia que los viniesen a recoger. Casi todos portaban alto en su mano su lápiz multiuso, que ahora servía de paraguas: de él salían hacia el cielo decenas de láser blancos, de tres o cuatro metros, que en lo alto disolvían las gotas que les caerían transformándolas en puro vapor. El aparato tenía la desventaja de hacer muy húmedo el ambiente, aunque ello importaba poco, porque la mayoría de la ropa que se usaba era impermeable. El mismo láser también servía para secar las gradas donde muchos chicos se sentaban.

En el prado varios grupos de chicos conversaban sobre diferentes tópicos. En el grupo de Alberto la alarma se había mezclado con el resurgimiento del neo-comunismo.

—Hombre, ¿a quién se le habrá ocurrido lanzar una voz de alarma al inicio de clases? —había preguntado José, en tanto hacía esfuerzos para sujetar muy alto su lápiz para cubrir de la lluvia al gigante de Michal y al patucho de Alberto.

—¿Quién, quién sabe...? —contestó Lucas, con la lengua un poco trabada? ¿No será, quizá, no lo sé, algún malo subversivo? ¿O un malévolo... es decir, un malo? O quizá, peor... ¿no será un neocomunista que sobrevivió a la guerra?

En realidad les habían impactado mucho las palabras que escucharon esa mañana de Layana sobre los neocomunistas. Michal ya había oído hablar de ellos en su casa.

—Mi padre dice que esos comunistas son gente sin piedad, repleta de odio, capaz de matar a cualquiera que piensen que sobresale en lo económico, intelectual o social. Dice que cortan las cabezas a quienes descuellan en cualquier campo.

—Más que cortar cabezas, que carbonizan a la gente —añadió Wilson.

—¡Bah! —repuso Alberto? historias de niños, para niños. Yo no creo que la Gran Guerra haya sido culpa de ellos, ni que deba hacérseles responsable de tantos asesinatos...

En ese momento se escuchó un fuerte y raro zumbido eléctrico. Algún cable expuesto echó chispas, la ropa de varios chicos se crispó y varios paraguas-láser perdieron su fuerza. Lucas incluso alcanzó a ver que la pantalla del reloj de José se desvanecía, como si se le estuviera acabando la batería. Algunos tuvieron la sensación de que una sombra se paseó por los prados de la Universidad durante unos instantes mínimos. Fueron tres segundos y luego todo acabó. La gente guardó un breve silencio para reflexionar.

—¡Qué extraño fenómeno! —exclamaron algunos.

—¿Qué será?

—Quizá una nube cargada de rayos...

—No lo sé, esta lluvia no parece de tormenta.

Washo recordó una vieja conversación casera en donde su padre había comentado que cosas semejantes sucedían con frecuencia en tiempos de la Gran Guerra: la luz se iba y venía, se apagaba por un rato y retornaba con fuerza, y los relojes titilaban o se desvanecían como si la batería estuviera a punto de morir. Pero prefirió no decir palabra, por temor a que Wilson y Alberto se mofaran de él.

La gente siguió especulando acerca del fenómeno por unos minutos más. Luego la lluvia fue amainando y los temas de conversación retomaron los tópicos usuales: el cansancio de la espera del autobús, las anécdotas sucedidas en la mañana de clases, los recuerdos de otros avisos de bombas que nunca explotaban... Unos pocos, como Lucas, encendieron sus clockybooks y se pusieron a repasar alguna materia. Otros simplemente descansaban sentados en las gradas y cuando salió el sol hubo quienes, luego de secar el prado con el láser, se recostaron poniendo la mochila como almohada hasta que el bus o la familia viniera a recogerlos.

Al rato la policía llegó y se puso a verificar que el campus estuviera libre de amenazas. Se pasearon cerca de una hora con sus gafas infrarrojas y sus toletes multiuso por los edificios universitarios, para ver si se detectaban riesgos, pero nada: las gafas no mostraron amenazas, ni toletes sonaron indicando advertencias. Así que se despidieron, se embarcaron en sus jetcars y partieron.

Hubo un pequeño atasco cuando las patrullas se elevaban, pues en ese momento aterrizaron varios buses y jetcars de padres que venían a recoger a sus hijos. Con una cierta tensión los mayores les preguntaban a sus hijos acerca de lo sucedido, mientras buscaban la forma de salir del aglomerado parqueadero. Poco a poco se fueron elevando los jetcars, los buses... y poco a poco se fue vaciando el parqueadero de la Universidad de Los Hemisferios, hasta que sólo quedó un chico vestido con pantalón y chompa marca *Sweet-tweet* de largos hilos rojos y rosados, que permanecía sentado en un extremo de las gradas, recostado contra un pequeño muro. Parecía tener frío porque tenía las manos en los bolcillos de la chompa y escondía su cara en la capucha de la chompa. Permaneció así un buen tiempo, sin que nadie lo viniera a recoger. Al rato se oyeron los largos silbidos del portero Iván, que orondo entonaba en su encargo de cerrar las puertas y ventanas, cuando en su caminar iba haciendo rebotar su colosal panza. Al ver al chico le lanzó un saludo de lejos, que no fue contestado. El uniformado de cuadros azules y amarillos alzó su gruesa voz.

—¿Nadie lo viene a ver?

Tampoco hubo contestación. Como no reaccionara, se le acercó y le meció el hombro, lo que causó que todo el cuerpo se desplomara y rodara las tres gradas. Ya con las manos fuera de los bolcillos y la chompa más abierta observó que toda la piel del chico estaba quemada y que incluso la tela de la chompa, a la altura del pecho, estaba absolutamente carbonizada. El chico estaba muerto.

>> ¿Estás enojado? <<

Durante el viaje de regreso a Loja Washo comentó a su padre las experiencias del día y, en especial, las opiniones que había suscitado entre sus compañeros el aviso de ataque. Su padre oía todo con cierto temor y prefirió mostrarse parco en adelantar juicios. Al final el Andino aterrizó en la casa lojana, sobre la que dejó caer una pequeña nubecilla de humo con la frenada. Cuando ambos pasaron por la puerta de entrada, un parlante informó que todos los niños se encontraban en casa y preguntó a Washington si deseaba estar disponible a llamadas entrantes.

—No, casa. Desactiva la disponibilidad —respondió con algo de tedio. El hijo no tenía configurada esta opción, pues no era muy solicitado.

Como aún faltaba un buen tiempo para la cena, Washo decidió recluirse en su cuarto para leer los libros del día siguiente. El padre caminó hasta la sala de estar a fin de ver las noticias. Tal lugar era la clásica sala gris, desprovista de decoración: sin cuadros, sin adornos, ni mesas, ni repisas... Aparte de espacio vacío, lo único que había en aquel cuarto eran dos largos sofás grises, de largas riñoneras y abullonados cabezales, junto a un buen sillón gris sobre el que Washington se echó. Al asentar sus manos en los apoyabrazos la habitación se transformó en la tradicional sala de una casa campesina, ornamentada con una chimenea ardiendo, muebles de madera y cuadros de familia. Pidió algo de noticias personalizadas, y entonces la mitad de la sala se transformó en un informativo que mostraba los prados de la Universidad de Los Hemisferios, la alarma roja que titilaba en las puertas de las aulas, los policías paseándose por las instalaciones con sus toletes multiuso y, al final, una toma lejana del joven asesinado con un puñal carbonizador. Arriba del noticiero, en la esquina derecha de la sala, aparecía el rostro de la comentarista: una señorita rubia de facciones finas, que dejaba caer su brillante pelo ondulado por todo el lateral derecho de la sala, a manera de marco del telediario. Informaba que la inteligencia policial estaba investigando el asunto, pero que hasta el momento carecía de pistas que condujeran con certeza a determinar la identidad del asesino o las intenciones que lo movieron.

Al oír esto Washington saltó del sillón y corrió al cuarto de su hijo. Consternado, sin tocar a la puerta, la abrió de una y se quedó mirando cómo su hijo leía la tablet que posaba en un trípode sobre la mesa. El chico simplemente giró la cabeza hacia su padre, extrañado por su actitud.

—¿Qué pasa? —dijo.

El padre intentó descubrir algún síntoma en la cara del hijo, pero nada. Al final preguntó:

—¿Estás enojado?

El hijo frunció el ceño.

—¿Por qué habría de estarlo?

—No sé...: por la injusticia entre pobres y ricos, entre astutos y tontos, entre clases altas y clases bajas...

—¿Pero de qué hablas?

Entonces Washington dio un suspiro de alivio.

—No, nada... olvídale. Es que han apuñalado a un estudiante de tu universidad. Sintoniza las noticias y lo verás.

El chico pidió que la tablet le mostrara las noticias de asesinatos del día, y en primer lugar aparecieron las imágenes que el padre había visto en la sala, con alguna variante al final del informativo: la entrevista hecha al gordo portero Iván, que en realidad no añadía nada. Luego se sucedieron otras noticias que el hijo descartó. Ambos se quedaron meditando en ese puñal

carbonizador y ambos recordaron que con la misma arma los neocomunistas habían matado a Dora, la madre de Washo, aunque ninguno se atrevió a comentarlo en voz alta.

—Bueno, lo que me importaba era que tú estuvieras bien —dijo el papá, como despidiéndose, con ánimos de salir del cuarto?. No te preocupes por el resto, que ya se arreglará.

Sin embargo, Washo había quedado perplejo con la primera pregunta.

—Un momento, pa'... ¿y qué tiene que ver todo esto con mi enojo?

Recién en ese momento Washington se percató de lo absurdo que había resultado su impetuosa entrada en el cuarto con semejante pregunta.

—No, nada... —se sonrió?; uno a veces no sabe cómo reaccionar y, ya ves...

Y entre “no, nada” y “ya ves” se fue escapando de la habitación, hasta salió y cerró la puerta. Washo había quedado aún más sorprendido. “¡Nunca lo he visto actuar así!”, pensaba. En eso la puerta se abrió y apareció de nuevo la figura paterna, que se acercó ya más resuelto y se sentó en un extremo de la cama. Washo también giró el asiento, como para permitir la confidencia.

—Mira Washo, olvida todo lo que ha pasado, pero grábate lo que te voy a decir. Quizás eres todavía joven para oírlo. Hijo mío, si algún día llegas a odiarme, sea por lo que sea: por un castigo, por una prohibición... ¡por lo que sea! Si algún día llegas a odiarme hasta el extremo de querer matarme, intenta recordar, aunque parezca difícil, muy difícil, ¡imposible!, que un día fuiste feliz siendo mi hijo y que yo lo era siendo tu padre...

Washington tuvo que pasar algo de saliva para poder continuar. Los gestos de sus manos y de su boca que gesticulaba palabras sin pronunciarlas traslucían su falta de fuerzas para entrar en algún penoso tema. Al final dejó caer las manos.

—Has de saber que es casi imposible vencer los pensamientos de odio que ciertos libros suscitan... Léelos una vez y alguien morirá. Te recomerá el odio por dentro, tus entrañas se llenarán de malos líquidos que te emponzoñarán el alma y como un demonio saldrás a matar a alguien. Vencer el odio requiere heroísmo, exige la firme voluntad de no pensar en...

La lengua se le volvió a trabar. Washo no se atrevía a meter palabra.

—En fin... a la final, si eres capaz de perdonar, de perdonar de corazón, hay esperanza. Si no, resulta imposible lograr un segundo de tranquilidad. Morirás en un mar de odios, en un enjambre de gusanos que te carcomen por dentro y anegado en amarguras te sentirás el hombre más desdichado del universo.

Tanta tensión en los gestos, tanta angustia en el rostro animaron al chico a hacer una pregunta sobre algo que venía intuyendo desde hace unos meses.

—¿Has pasado por ello, pa'? ¿Tuviste que enfrentarte con esto en la Gran Guerra?

Washington no respondió. Su rostro se contrajo profundamente y sus ojos se le humedecieron ante un pensamiento desconocido para el chico.

—Prefiero no hablar de eso.

El padre sacó un pañuelo del bolsillo para evitar el espectáculo de las lágrimas. Sin arrestos para añadir más, se levantó, salió de la habitación y caminó jadeante hasta su cuarto, donde se encerró las horas que quedaban de la tarde.

>> Sin derecho a un dolor de barriga <<

Una última sorpresa le esperaba a Washo en la noche a la hora de la cena. El chico aguardaba junto a sus cinco hermanos menores a que su padre viniera a la mesa para poder empezar a comer. Ya estaban servidas, como en abanico multicolor, las lonjas de jamón, las lonjas de frutas y las lonjas legumbres, y nada que venía... Arriba del boquete por donde salían los alimentos los péndulos del reloj, construido a la antigua, movían el engranaje para que sonaran ocho cadentes campanadas.

En la pared contigua colgaba el retrato de Dora sentada junto a la ventana: esta vez no estaba dibujada con los trazos rápidos de Monet, sino con la sencillez y delicadeza de un Giotto: tras la ventana de arcos románicos aparecía un cielo de azul intenso, con unas montañas blancas. No había punto de fuga, ni mucho detalle en las telas del vestido rojo; a cambio, la atmósfera estaba impregnada de una misteriosa ternura y el rostro delicadamente pintado invitaba a la contemplación.

A la octava campanada apareció el padre, saludando a sus hijos, sonriendo como el que más. En seguida se percató del cambio en el retrato de Dora. Washington se sentó sin despegar los ojos del cuadro. Le sucedía a menudo. Recordó en voz alta parte de lo que esa mañana había enseñado.

—Ciertas miradas tienen más poesía que un endecasílabo de mil versos —dijo?. No me refiero necesariamente a la mirada de un héroe que acaba de salvar a una chica guapa en una película de acción, sino a otras miradas más intensas. Podría ser la mirada cansada de un viejo, que quizá ya no ve bien, pero que mira con agradecimiento a la mujer enclenque y arrugada que aún la acompaña, después de entregarle los mejores años de su vida...

—¿Aunque sea bizca, pa'? —preguntó Danielita.

—Sí, ¡aunque sea bizca! —contestó soltando una carcajada, para luego continuar?: Una persona de la calle diría: la ha visto. Un jugador de fútbol diría: la ha visto. Un político diría: la ha visto... Pero un poeta diría: ¡cómo la ha visto...! Y el poeta intentaría describirlo: la mira lentamente, parece que no corre el tiempo pero pasan horas, días, meses... y a ese viejo le faltan años para contemplar a su amor. Se ha hecho viejo viéndola, y morirá cuando deje de verla. La poesía primero está en la mirada, y sólo luego en las palabras, si es que ahí llegan a estar.

Los pequeños resaltaron que la mirada de una vieja podría ser muy fea y hasta podría tener una retorcida nariz de bruja, a lo que siguieron otras mofas y risas que el padre se encargó de atizar a lo largo de la velada. Washo estaba sorprendido del cambio de ánimo tan inesperado.

Al final, después de dar gracias a Dios por la comida y de mandar a los chicos a sus cuartos, Washington le dijo al oído a su hijo:

—Hay que aprender a saborear la vida, que no es tan mala como a veces parece. Además, los padres no tienen derecho a tener dolores de barriga.

Así el padre justificaba su repentino cambio de humor.

“¡Vaya!... —pensó Washo mientras caminaba hacia su cuarto para seguir estudiando? ¡cuántas cosas hay que vivir en un solo día!”

>> Ajustando tiempos <<

Resulta fácil imaginar con qué ánimos los estudiantes acudieron a la Universidad el día siguiente al asesinato. Para evitar riesgos las autoridades académicas consiguieron que durante todo ese mes una cuadrilla de policías vigilaran los parqueaderos, pasillos y corredores del campus. Además hubo un enorme esfuerzo académico para reforzar la claridad de ideas en los álgidos tópicos que se habían difundido durante la decimotercera revolución cultural y que habían caldeado el ambiente para que estallara la Gran Guerra. En concreto, Layana en su clase de books insistió en la necesidad de saber escoger las propias lecturas y en la metodología que facilitaba el acceso a los mejores libros: «nunca alcanzarás a leer todo lo que se ha escrito: escoge», era el lema machacón con el que empezaba cada clase. La cátedra de historia, sin hacer mayores reflexiones sobre la doctrina defendida, se dedicó a describir cómo se fraguó el socialismo, el comunismo y el neocomunismo, y a cuantificar los lamentables resultados sociales y económicos, amén de los billones de vidas asesinadas en nombre de estas ideologías. Washington se esforzó en criticar la poesía cínica de raíces griegas, la nihilista de Nietzsche, y otras del género que vaciaban de sentido la vida, tumbando horizontes, sembrando rencores, hundiendo los ánimos de quienes las leían. Un esfuerzo análogo se hacía en otras cátedras.

Una clase que le atraía especialmente a Washo era la de filosofía de la ciencia. La impartía Laureano, un profesor huesudo y calvo, de cachetes chupados y una mirada tan intensa que a varios hacía temblar. Se caracterizaba por ser estricto y por sus muchas manías. Al iniciar la lección siempre mostraba en la pizarra el mismo lema y lo hacía leer, por turnos, a algún alumno. El texto era: «los hombres tienden por naturaleza de modo suficiente a la verdad y la mayor parte de las veces la alcanzan (Aristóteles, *La retórica*, I, Bk 1355a 15-17)». Luego digitaba tres teclas de su reloj, proyectaba en el pizarrón los libros a leer y los transmitía por el books-machine. Al final armaba un debate entre los alumnos con un contador de tiempo: en total, ningún alumno podía hablar más de tres minutos por clase, lo que imprimía un ritmo trepidante a la discusión.

Un día, por ejemplo, el books-machine transmitió por quince minutos 21 documentos acerca de las relaciones entre fe y razón: la encíclica *Fides et ratio*, un libro de Mariano Artigas, varios documentos históricos que evidenciaban la influencia de la religión en el pensamiento de postguerra, entre otros. Cuando las luces de la máquina se apagaron y los estudiantes recuperaron la consciencia, Laureano armó el debate.

—La pregunta hoy será la siguiente: ¿La ciencia hace más piadosa a la persona, o la hace más impía? Y la pista es esta: para resolver la cuestión planteada primero debe analizarse si el hombre de fe conoce mejor la realidad que el ateo. Queda abierta la discusión. ¿Quién le entra?

Los estudiantes se quedaron buceando en los conocimientos recién adquiridos. Como acababan de memorizarlos los recordaban bien. Ya los irían olvidando con el tiempo, pero ahora estaban lo suficientemente frescos como para repetirlos al tiro.

Alberto fue el primero que alzó la mano y pidió tres minutos de respuesta, que el profesor le concedió aplastando un botón de su reloj. Sabía que tres minutos era lo máximo que podía pedir y que luego no tendría más tiempo para rebatir los ataques de otros, pero orgulloso creía haber resuelto el problema.

—Considero que la cuestión depende de la era. En la edad antigua el ser humano no entendía nada de la estructura de la materia, ni de sus leyes, y por eso fácilmente terminaban atribuyendo todo a la divinidad. Sus conjeturas sobre el mundo eran pseudo-científicas y no representaban un obstáculo para la creencia religiosa. La edad media es casi una extensión de ese primer período de la humanidad...

“existencia”, para observar que no es lo mismo “estudiar un fenómeno” que “estudiar su existencia”... y que quien analiza la existencia de las cosas llega a Dios.

Era en esos momentos en que Laureano salía de casillas cuando el curso enmudecía y cuando sólo una persona se animaba a intervenir.

—¿Alguien más pide tiempo? —preguntó el profesor. En medio del silencio, Washo alzó la mano. Para sorpresa general únicamente pidió quince segundos de respuesta, que le fueron concedidos.

—Primero contesto a la cuestión previa: si la fe es verdadera, el hombre de fe conoce mejor la realidad que el ateo. Ahora contesto a la cuestión central: el hombre que tenga más ciencia verdadera estará más cerca de la fe verdadera. Por tanto, la ciencia facilita la piedad.

A Washo le sobraron dos segundos y al profesor le bastó esa respuesta para continuar con el resto de la clase que pensaba impartir. Por este tipo de anécdotas Washo se sentía especialmente a gusto en filosofía de la ciencia.

>> Trámites, papeleos y demás burocracia <<

Al mes de clases la asistencia policíaca que el gobierno prestaba a la Universidad de Los Hemisferios bajó significativamente. De los treinta efectivos iniciales, sólo quedaron cinco vigilando los edificios principales de la institución. También fue por esos días cuando se cerró la investigación judicial del asesinato, sin determinar sospechosos del crimen perpetrado. En cambio, curiosamente asomaron por el campus un par de agentes de la inteligencia militar de la Confederación Postamericana para entrevistar a ciertas autoridades académicas.

Un buen día a Washo le notificaron de su colegio que su título ya había recibido las certificaciones de las autoridades de la Confederación y que ya podía ir a inscribirlo formalmente en la Universidad, para regularizar su matrícula. Era una noticia que esperaba desde hace tiempo. ¡Qué tediosa resultaba la burocracia confederada! Washo esperó al lunes siguiente para gestionar los trámites, pues ese día tenía una preciosa hora hueca en la mañana. Al terminar la primera hora de clase echó un vistazo por la ventana, constató que hacía buen tiempo, salió del aula y se dirigió hacia las oficinas del rectorado.

Mientras subía a la casita administrativa de tres pisos, observó que a otros también se les había ocurrido salir a los jardines para aprovechar el día soleado. Desde la cima de la cuesta se lanzaban varios jóvenes en el famoso monopatín volador, que acababa de ponerse de moda. Se trataba del primer monopatín sin ruedas, grueso como una mano, que lograba flotar con un motor antigravitacional semejante al de los jetcar, pero mucho más pequeño. Tan modesto motor tenía sus peros: vibraba, se ladeaba y ante el mínimo desnivel perdía el equilibrio. Algunos de los se deslizaban sobre los prados, al toparse con un montículo debían saltar a tierra para no caer. Con todo, se divertían a lo grande.

De repente Washo percibió que alguien corría detrás de él. Torno a ver y era Lucas, que jadeando alzaba la mano para que lo esperase. Lo esperó.

—¡Gracias por frenar... es decir, por aguantar o aguardarme! ¡Como sea! Gracias... — Lucas hizo una pausa para tomar aire y continuó—, es que necesitaba preguntarte algo.

Viendo su cansancio, e intuyendo que se podría tratar de algo importante, Washo lo invitó a sentarse en una banca del jardín donde merodeaban un par de quílicos de plumas blancas, azules y rojas, que al verlos se alejaron un par de saltos.

—Sí, sí, gracias, te lo agradezco.

El día era realmente espléndido. Desde ese lugar la vista dominaba los nevados del Cayambe, del Antisana y del Cotopaxi.

—Quería hacerte una pregunta muy importante... o, al menos, importante para mí — comenzó Lucas mientras se sentaba en la plateada banca?; ¡ya me entiendes! De hecho, estuve conversando por el clockybook con uno de esos amigos sin nombre que alquilas a cinco teras el minuto, y me aconsejó que hablara contigo. Entonces, ya ves... Mira, como sabes, o debes saber, o hallas escuchado, yo tengo en la cabeza muchos libros, muchísimos, más que nadie en el colegio... digo, en la universidad.

Ambos se sonrieron ante la confusión.

—He leído más que nadie, salvo, por supuesto... salvo que ya sabes quién... En fin, yo me paso las noches conectado al cyberespacio, absorbiendo toda la información posible, para ser mejor, es decir, más inteligente. Y los ratos libres casi siempre estoy conectado al book-machine. Pero, pero tú... ¡Diablos! ¡Es eso lo que quería decirte!

El otro no entendía nada.

—¿Pero qué? ¿Qué querías decirme?

Lucas se sorprendió de que no le entendiera.

—¡Eso! Que cuando el profe pregunta en clase, mis respuestas no son tan buenas como las tuyas... ¡Yo no puedo! Oye, ¿cómo diablos le haces para leer más books que yo?

Washo quedó asombrado ante semejante pregunta. Negándolo con la cabeza le contestó que era falso que leyera más libros que él. De hecho le confesó que sólo los leía en la tablet y que en casa hasta le habían prohibido conectarse al book-machine.

—Me encantaría pasarme el día y la noche conectado a ese aparato como tú lo haces, pero no me dejan.

Lucas había llegado al colmo de su perplejidad.

—Pero, si no es mentira lo que me dices, ¿cómo le haces? ¿Cómo sabes más?

Frente a los chicos un patinador había perdido el equilibrio ante un montículo que sobresalía del césped, hasta caer de bruces a pocos metros. El monopatín salió expedido sin control justo hacia ellos, haciendo volar a los quilicos. Justo antes de estrellarse contra la banca se activó el freno del aparato de seguridad y el aparato se detuvo a raya.

—¡Ten más cuidado, oye! —protestó Lucas, mientras el dueño del aparato se levantaba medio rasponeado.

—¡Vaya! ¡La tecnología será siempre imperfecta! —acotó Washo, mientras veía cómo regresaban planeando con la mayor perfección los coloridos quilicos que antes habían echado a volar.

—Perdón, mil disculpas. No volverá a pasar...

El joven recogió pesaroso su monopatín y de nuevo volvió a subir la cuesta con intenciones de realizar un nuevo lanzamiento.

—Se terminará matando —añadió en son de broma una chica que pasaba por ahí y que sin más siguió su camino. Al final hubo de nuevo ambiente para retomar la conversación y Washo le pudo decir algo que sabía le iba a costar.

—No, yo no creo que sea nada extraordinario. Me parece que al contrario, es decir... mira... —ahora era a Washo a quien se le trababa la lengua?: creo yo, aunque puedo equivocarme, que si no ingirieras tantas pastillas para no dormir, si dedicaras más tiempo a tus compañeros de verdad (no a esos amigos anónimos que alquilas a cinco teras el minuto), probablemente te funcionaría mejor la cabeza.

Lucas alzó las cejas, erguió el cuerpo y levantó la muñeca para mostrársela a su interlocutor.

—¡Mira! —dijo sumamente indignado, en tanto aplastaba algunos botones de su clockybook? ¡Yo estoy super bien!

En el acto el clockybook echó rayos discontinuos sobre el cuerpo de Lucas y comenzó a soltar todo tipo de datos médicos: «resonancia cerebral, correcta; tomografía interna, correcta; no arritmias, no fibrosis, no cálculos, no se encuentran problemas metabólicos; índice de masa corporal 19, correcto; colesterol 180 mg/dL, muy bueno; presión arterial 113/75, ligeramente subida; estrés histórico 2/10, correcto; estrés actual 9/10, alto...».

—¡Sí, alto, porque me estresan las críticas a que tome pastillas para no dormir! Pero la cosa no queda ahí. Ahora verás lo que dicen los doctores, el psicólogo y el psiquiatra...

Lucas tapó el clockybook con la palma de la mano para que se callara y en el acto comenzó a teclear más botones para conectarse con sus médicos personales y le informaran a su compañero que estaba bien de salud.

—¡Ya basta! —intervino Washo un poco ofuscado?, era sólo una posibilidad que se me ocurría. Puede ser como no ser. Tú lo verás.

A Washo le parecía increíble que Lucas no se diera cuenta de su estado. Comprobaba así lo que alguna vez había oído: que en enfermedades psíquicas, los últimos en enterarse son los enfermos. Buscaba un motivo para ponerle final a la disputa y recordó sus trámites burocráticos. Echó una vista al reloj del compañero y se levantó exaltado.

—¡Uy! ¡Debo correr! Me quedan quince minutos para ir al rectorado. ¡Perdona! Si quieres luego seguimos... ¡Nos vemos! Chao, chao.

Y en efecto salió corriendo hacia el edificio del rectorado. En la entrada se encontró con el portero Iván, a quien le preguntó dónde debía presentar el diploma certificado del bachillerato. Con un silbido, Iván alargó el dedo apuntando hacia un cubil donde una pelirroja leía sentada un texto sobre su mesa digital. Washo se lo agradeció y fue a verla. Al constatar que nadie más deseaba hablar con ella, le pidió el favor.

—Buenos días señorita. Vengo porque mi título de bachiller ya a sido certificado por la Confederación y necesito presentarlo para terminar la matriculación formal.

La pelirrubia de ojos cafés se lo quedó mirando.

—Muy bien —dijo, mientras pasaba rápidamente la mano de un costado a otro de su escritorio, lo que hizo desaparecer el texto que antes leía?: ponga allí la planta de su mano.

Señaló la esquina del escritorio más cercana a Washo, quien hizo lo pedido. El tablero se iluminó en ese lugar, y cuando terminó de detectar las huellas dactilares de los cinco dedos, el escritorio mostró el diploma del Liceo de Loja con los sellos de las autoridades de la Confederación. Al lado aparecía un breve contrato de tres líneas: la primera era el título “Aceptación de importación de datos, confidencialidad y demás restricciones comunicacionales”, la segunda dos palabras que decían “117 cláusulas” y la tercera la palabra “acepto” enmarcada en un recuadrado azul.

—¿Es su diploma?

—Sí, ese parece ser.

—Ponga su pulgar aquí para aceptar la entrega confidencial de una copia certificada a la Universidad de Los Hemisferios —dijo señalando el cuadrado vacío. Washo imprimió su huella en el cuadrado azul.

—Veo que no porta su clockybook. Se le ha enviado una copia del documento a su memoria digital. La próxima vez que se conecte a un book-machine lo leerá y tendrá 72 horas para retractarse, si lo desea. Eso es todo. Muchas gracias. Que tenga un buen día.

El chico también le agradeció el papeleo y salió corriendo para su clase de poesía, mientras pensaba «la próxima vez que me conecte al book-machine, la próxima vez... ¿cuándo será?».

>> Una clase inconclusa <<

Habiendo regresado las cosas a la normalidad, los profesores retomaron el programa habitual de clases y volvieron a enseñar lo que todos los años enseñaban. Washington se sintió cómodo para retomar el orden del sílabo que había suspendido desde el atentado.

—¿Qué buscamos con la poesía? ¡Poder! Poder decir lo que quisiéramos decir, poder expresar lo inexpresable. La poesía es una osadía, una empresa imposible: si ni la inteligencia humana puede captar de un solo golpe toda la realidad, menos lo hará la palabra. Con todo, queda el reto. Algo se puede conocer, algo se puede expresar.

Como de costumbre, algunas almas vulgares ya habían perdido la atención y comenzaban su disimulado cuchicheo.

—Lo que yo quiero —continuó Washington— es que aprendan a expresar lo que llevan por dentro, a que no se queden callados ante quien aman. El mudo ha claudicado de este mundo. Es necesario abrirse a los demás. Y para practicar algo de esto, prenderemos esta máquina y recibirán mil poesías clásicas. Yo les describiré una situación, y ustedes dirán lo que sienten usando esas poesías. ¿Les parece?...

No hubo contestación. Ello fue tomado por una aceptación tácita. Se activó el aparato, las luces titilaron, los alumnos alzaron sus clockybooks, perdieron la conciencia y empezaron a recibir mil poesías. Sólo quedaron en pie padre e hijo, en un frío y tenso mutismo que ya se había vuelto costumbre. De vez en cuando, en otras clases Washo se conectaba al book-machine medio escondidas a través del clockybook de Steve, mas en esta materia ello resultaba imposible. En un momento dado los leds fueron perdiendo su colorido y los alumnos empezaron a despertarse del transe.

—Mil poesías, de mis preferidas. ¿Les gustaron? —la gente seguía medio atontada, sin responder?; sea como fuere, igual continuamos con la lección. Pónganse mentalmente ante una situación muy dolorosa, como... no sé: un ser querido cayó en la guerra, la pareja les terminó, o un hermano recibió el diagnóstico de una enfermedad incurable... Cada uno piense lo que quiera. Caminan solo por el muelle de San Sebastián, viendo si las olas del mar se tragan la pena, y en eso aparece a tu lado un amigo que no quiere nada, sino sólo acompañarte. ¡Cuánto valen estos amigos pañuelo! No vienen a darte lecciones, ni a engañarte con un “todo saldrá bien”. Sólo acuden para ofrecerte un oído para escuchar. Ahí estás caminando con él, con el ruido del mar y la soledad de la luna. ¿Qué le dirías? ¿Cómo expresarías lo que llevas dentro?

Parecía que esta vez la clase sí había enganchado con el ejercicio. Se quedó rumiando las poesías aprendidas para ver cuál era la más apropiada de pronunciar en aquellas circunstancias.

—Profesor —intervino José, tratando de ejercer su papel de mayor del curso?, si mi pareja muere, yo simplemente quisiera llorar. Le diría a mi amigo que no moleste, que ya he sufrido bastante, que me deje en paz.

La clase se echó a reír.

—Eso le dirías a muchos, pero no a un buen amigo. Piensa, métete un poco más en la escena. Muchos dolores sólo se alivian hablando. Además, lo mismo que has dicho podrías haberlo expresado con más caché, con más simpatía. Podrías, por ejemplo, haber recordado aquellos versos de José de Espronceda, dedicados a la difunta mujer que amó en sus años mozos:

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía

de este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
y el llanto que al dolor los ojos niegan
lágrimas son de hiel que el alma anegan.

Cuando se dicen las cosas con más gracia, curiosamente las penas se llevan mejor —
concluyó el maestro.

Steve alzó la mano y, cuando le fue concedida la palabra, dijo un poco exaltado:
—En esas circunstancias yo repetiría las rimas de Bécquer:

Al brillar de un relámpago nacemos,
y aún dura su fulgor cuando morimos,
¡tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos,
sombras de un sueño son que perseguimos.
¡Despertar es morir!

—Bien, bien —dijo el profesor mientras acariciaba su barba?, pero eso debes decirlo
despacio, con voz baja. Ciertos versos no son para gritarlos, sino para susurrarlos al oído, para
masticarlos en el alma. Por lo demás, esas frases de Bécquer son un poco trilladas...

Alberto Ponce fue el siguiente en lanzarse.

—Siguiendo con Bécquer, y considerando que caminamos por el muelle de San Sebastián,
diría yo estos versos:

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!
Ráfagas de huracán, que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrando en el cielo torbellino,
¡llevadme con vosotras!
Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!
Llevadme, por piedad, adonde el vértigo
con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

Al público le causaba gracia oír a Alberto recitar la poesía con un monótono volumen, ritmo
y cadencia. Washo se sumó a las risas, olvidando su enfado por lo del clockybook.

—Mejor escogido el texto, pero parecía leído por un bibliotecario y no por alguien que
realmente sufre. La poesía nace del corazón. Las loras no hacen poesía, aunque la repitan. ¡Hay
que vivirla!

Con un vistazo en derredor Washington comprobó que al fin había logrado captado la
atención de sus pupilos. La cosa comenzaba a ponerse buena. Entonces lanzó un reto.

—No quiero que me repitan las poesías que acaban de escuchar. Quiero que las vivan y que por un instante las hagan suyas. No se ciñan a un solo autor, ni a una sola letra: mezclen poetas, mezclen poesías, construyan mundos... ¡Anímense!

Tras unos segundos de silencio, Mateo alzó la mano.

—Si estoy sentado en el muelle de San Sebastián habré caminado para llegar ahí. Junto al chileno Nicanor Parra le confesaría a mi amigo: «a recorrer me dediqué esta tarde las solitarias calles de mi aldea acompañado por el buen crepúsculo que es el único amigo que me queda». Y luego añadiría con Garcilaso de la Vega: «hasta las piedras se enternecen con mi llanto».

Intentando meter sentimiento a los versos, Mateo sobre todo puso garganta.

—No chilles, que quien chilla ya ha perdido la cordura y no puede pronunciar nada sensato.

Fue en ese momento cuando Washo al fin se decidió a intervenir con una aportación de su autoría. Casi nunca intervenía en las clases del padre, pero ahora, por algún extraño motivo, lo hizo.

—Ante el amigo que acompaña la pena, primero le habría dicho alguno de esos versos espejo:

Deseo más su vida que la mía,
haber sufrido yo, que no ella,
mi muerte, por su vida entera,
el funesto puñal en mi corazón,
para mantener su sonrisa bella.

Washington oía esto con gran entusiasmo, mientras volvía a descubrir en el rostro de su hijo los rasgos de su madre.

—Pero como todo amor lleva aparejada una pena, pues hasta en los matrimonios más felices existen peleas, añadiría con la poeta del siglo XIX, Rosalía de Castro, lo que escribió en “Hojas nuevas”:

Una vez tuve un clavo
clavado en el corazón,
y yo no me acuerdo si era aquel clavo
de oro, de hierro o de amor.
Sólo sé que me produjo un mal tan hondo,
que tanto me atormentó,
que día y noche sin cesar lloraba
como lloró Magdalena en la Pasión.
(...) lo arranqué,
pero... ¿quién lo imaginara?... Después
ya no sentí más tormentos
ni supe lo que era dolor;
supe tan sólo que no sé qué me
faltaba en donde el clavo faltó,
y me parece... me parece que tuve añoranza
de aquella pena... ¡Buen Dios!
Este barro mortal que envuelve el espíritu, ¿quién
lo entenderá, ¿Señor?

Washington se quedó mirando al hijo un buen rato, todo lo largo que se quiera. Pensaba en él y en su madre, en las poesías que su hijo había recitado, en los secretos que le había ocultado y en la posibilidad de que Washo los hubiera descubierto. La poesía declamada parecía revelarlo.

El resto de la clase se inquietó ante tanto silencio. Washo, al sentir las miradas husmeantes de sus compañeros, animó con un gesto a su padre para que continuara. De nada sirvió. Wilson al fin insinuó una pregunta.

—Profesor, ¿será que podemos salir?...

—Creo que dijo que sí —contestó Alberto. Y ello bastó para que la clase se diera por terminada.

>> Fiesta en la cima del mundo <<

El mayor empresario de clockybooks de la región andina, un señor de cuarenta y cinco años de edad que vestía siempre chaqueta, corbata y camisa de gruesos hilos oscuros, era un padre frustrado en varios aspectos. Ricardo Wright, animoso y pudiente como era, hubiera deseado organizar muchos festejos para sus descendientes, pero he aquí que sólo tenía un hijo, y para su mala suerte había nacido un 29 de febrero. Como Ricardo era sumamente estricto en reglas, horarios, límites y en todo género de prohibiciones —la fortuna no le había llegado de casualidad? siempre se había sujetado a la pesada regla de sólo celebrar a su hijo Steve cada cuatro años.

El año que Steve entró a la universidad estaba de suerte: caía en año bisiesto. Por eso, el padre quiso celebrar a lo grande ese cumpleaños, invitando a todos sus compañeros a *Top of the World*, el bar-restaurant más alto del planeta. El renombrado lugar coronaba una inmensa torre metálica de tres kilómetros de altura, emplazada en la línea ecuatorial. Arriba de la torre, como carne en palito se ensartaba el inmenso parador: un cilindro de vidrio plateado de unos veinte metros. En los días despejados desde ahí se admiraba un extensísimo tramo de la cordillera de los Andes, con sus picos ensartados en las nubes, con sus nevados y hoyas, y hasta se divisaba a sus pies, a cientos de kilómetros, el océano Pacífico. La cima del mundo ofrecía un espectáculo alucinante.

En medio del cilíndrico bar los violines, flautas y oboes de una pequeña orquesta entonaban aquella canción de largas notas que Iván el portero solía silbar al cerrar las puertas de la Universidad. Frente a una ventana, Steve y varios de sus compañeros de clase conversaban sentados alrededor de una mesa pegada al vidrio, mientras contemplaban las blancas puntas de los Ilinizas, el Cotopaxi y el Antisana y, en un plano más lejano, el Carihuairazo, el Chimborazo y el Altar. Más que una conversación en regla, era echar unas risas.

—... ¡y qué cara puso Lucas cuando Laureano le dio sólo treinta segundos para rebatir los argumentos de Mateo! “Este, sí, profesor... por supuesto, por supuesto”; “Lucas, te has comido seis segundos”; “Sí, sí, a eso iba... Mateo estaba muy mal, muy muy mal...”; “Te quedan once segundos”; “Sí, sí... ¡sí! Lo que Mateo no supo decir fue que zzzzz... zz... ¡z!”.

Las carcajadas estallaron fuertes. El implicado se sonrojó.

—No, es que yo pensaba que no contestaba... No, es decir, sí... sí estaba contestando, pero no en ese momento...

El intento de justificación causó mayor hilaridad. El patucho de Alberto ya estaba rojo, a punto de ahogarse de la risa. También el rostro pálido de Lucas se había puesto del mismo color, pero de vergüenza, tanto que suscitó la compasión de alguno.

—Lucas, no tienes culpa: la tienen las pastillas que no te dejan dormir —dijo Mateo intentando excusarlo. Pero había tocado un tema demasiado delicado para Lucas, sobre el que había meditado enésimas veces. La respuesta a aquella punzante aserción, que le supo displicente y grosera, la tenía muy pensada. Sin esperar un segundo, se lanzó como fiera:

—¡Eso no es así! ¡No, no! —contestó con tal decisión que casi apagó el jolgorio? ¡cuántos no toman esas pastillas y andan bien! Además, si no duermes, si no pasas horas y horas y horas en una maldita cama como un tonto, duplicas tu tiempo de vida. En vez de vivir una sola vida, vives dos. Y si, y si no quieres entender esto, mira... pues, mira...

A Lucas se le acabó el argumento y no sabía cómo concluir.

—¡Pues me voy!

Y dicho y hecho, para sorpresa de todos Lucas se levantó y resuelto dio dos pasos fuera de la mesa. Pero ahí se frenó, porque no sabía dónde debía ir. Regresó a ver a sus compañeros y al verlos se enfureció más. Pegó un giro y marchó con todo su mal articulado cuerpo hacia el baño. De nuevo se produjeron las risas.

Lo que había dicho Lucas era cierto: durante los últimos años las pastillas antisueño se habían popularizado y vastos sectores de la sociedad habían adoptado la costumbre de tomarlas para no dormir. Dormían sólo los fines de semana. Con ellas el cuerpo aparentemente no sufría daños, aunque algunos doctores aseguraban que su uso continuado dejaba secuelas en la estabilidad psicológica de la persona. Lucas, que desde los nueve años había desarrollado una pasión por los books, a los trece años se percató que no le alcanzaba el tiempo para leer cuanto deseaba, y por eso empezó a ingerirlas. Se pasaba las noches conectado a los diferentes book-machine que estaban a su alcance a través de la cuenta de Supernet de su familia.

Pero ese no era un día para peleas. Steve se apoyó en los hombros de Washo y de su primo Andrés para levantarse, tomó el vaso de su burbujeante Coca Cola de tres colores y con cierto aire solemne lo alzó para un improvisado brindis. Lo alzó alto, sobre la cabeza de todos, de tal manera que la manga de su camisa se corrió como el telón de un teatro, descubriendo el clockybook de platino que llevaba en su muñeca.

—Queridos amigos, este seguramente es uno de los cumpleaños más felices de mi vida. O quizá es que no recuerdo nada de mi anterior cumpleaños, ¡que fue hace cuatro años!

A los presentes les hizo gracia el comentario.

—En fin, esta noche hemos de brindar porque estamos reunidos aquí en la cima del mundo, por la amistad, por nuestras carreras, ¡por nuestras vidas! ¡Por todas las cosas buenas que un día llegarán! ¡Y por todo lo que haya que brindar durante los próximos cuatro años, hasta que cumpla yo al fin cinco años! ¡Salud!

—¡Salud! ¡Y que viva el nene!

—¡Que viva el infante!

—¡Que viva niño de pecho!

—¡Sí! ¡Que viva!

En ese instante empezó a vibrar el cristal de los vasos, los vidrios de las ventanas, las sillas, la tabla de la mesa y todo el lugar: todo vibraba levemente con un zumbido semejante al que se escuchó la tarde del asesinato. A diferencia de aquella ocasión, en el bar no había cables expuestos donde saltaran chispas, pero la ropa de los presentes sí se crispó. Algunos chicos pudieron apreciar cómo la pantalla platina del reloj de Steve se desvanecía y esta vez la mayoría sí distinguió una sombra que en menos de un segundo se paseó por la orquesta, por los meseros, por los baños y por las mesas, hasta escapar por la ventana del edificio. En tres segundos había acabado todo.

La orquesta sorprendida dejó de tocar su música, mientras su director miraba en rededor.

—Parece que ha sido un pequeño temblor —supuso un mesero que caminaba cerca de los universitarios. A ellos no les convenció mucho la observación. El zumbido había reavivado en sus mentes el recuerdo de aquella trágica tarde de alarmas y el nerviosismo se regó.

—Creo que será bueno ir donde mi padre, por cualquier cosa... —dijo Steve. Y sin más dio la vuelta y echó a andar hacia los ascensores que estaban en el centro del restaurante, con intención de subir al puerto-jet de la terraza.

Los demás chicos vieron en silencio cómo las puertas del ascensor se abrían y cerraban, llevándose a Steve.

—Por cualquier cosa, también yo subo —rompió el silencio Alberto, que era uno de los pocos que había llegado a la reunión manejando su propio jetcar. Entonces se dirigió hacia los mismos ascensores. Otros como Mateo prendieron su clockybook para llamar a sus familias. José, en cambio, se sintió en el deber de ejercer su papel de mayor y pidió calma.

—¡Oigan! ¡No puede ser! Que asocien un estúpido zumbido con lo peor... ¡No! ¡Paren, por favor, con esas niñadas!

Y al ver que las puertas del ascensor se abrían, José le gritó a Alberto:

—¡Hey! ¡Espera Alberto! Tú y yo iremos arriba, hablaremos con Steve, lo bajaremos y continuaremos aquí celebrando su cumpleaños como estábamos haciendo.

Con esas palabras José se levantó de la mesa y caminó hasta el ascensor que esperaba abierto a que él y Alberto entrasen. Washo no sabía aún si debía llamar a su padre, pero al ver que la orquesta reentonaba sus notas y que los demás comensales del restaurante volvían a conversar y a probar sus platos, se generó en su interior una sensación de confort que terminó dando crédito a las palabras de José. “¡Cómo somos los hombres! ¡Qué fácil asociamos un temblorcillo con un asesinato!”, pensó.

Los minutos pasaban sin muchas palabras en la mesa de Washo, donde ya sólo quedaban cinco compañeros preguntándose por qué José tardaba tanto en traer a Steve. Entre preguntas y lamentos, se escuchó un atronador choque y ahora sí que se puso a temblar con fuerza el local. La orquesta enmudeció. En los ascensores algo chirriaba con gran fuerza. Esta vez sus puertas no se abrieron con la lentitud de siempre, sino que volaron en mil pedazos con la explosión, tumbando a los músicos y a cuantos estaban en pie. Los cristales de las ventanas se reventaron hacia el exterior. En seguida entró impetuoso aquel pujante viento que azotaba a los siete mil metros de altura. Barría las servilletas, las telas, los vasos, y todo objeto liviano. La alarma se activó con angustioso ruido. Gritos, congoja, desconcierto, más cuando el piso del salón ladeó unos decímetros, como si en un extremo se hubieran desplomado unos cuantos soportes. La torre se había inclinado. Por la ventana más baja se vieron caer tres jetcars que habían aparcado en la terraza. Lamían el techo unas enormes lenguas de fuego que escapaban por el extremo más en alto. La gente, presa del temor y angustiada por la falta de oxígeno, se agarraba a lo que pudiese para no caer al precipicio.

Washo y sus amigos no sufrían por el calor, ni por el humo, porque se encontraban en el sitio más bajo del salón, donde no había fuego. Su angustia era muy otra: la de no resbalar para salir expedidos por la ventana y caer unos generosos tres kilómetros. La mesa empotrada al suelo les servía de apoyo, pero debían enfrentar el viento y las botellas del bar que se deslizaban por el piso chocando contra su humanidad.

Gracias a Dios la sirena sonaba. Ello significaba que los bomberos ya habían sido avisados y que seguramente estarían en camino. La precaria situación se empeoró cuando el salón cayó otro tanto, inclinándose aún más. En ese instante rodaron hacia el lado de Washo objetos de mayores dimensiones: los violines y oboes de la orquesta, varias sillas, un barril y otras cosas que salían expedidas por la ventana para tener una larga caída... En eso Washo alcanzó a ver el pantalón de Lucas, que estaba deslizándose hacia el vacío. Antes de que escapara por la ventana, Washo alcanzó a lanzarle un brazo y logró detenerlo. Para sorpresa general Lucas no lo agradeció. Mas bien se puso a insultar al maldito individuo que había causado el desmadre.

La sirena seguía aturdiendo. En el horizonte se divisó una nubecilla de puntos rojos que lentamente aumentaron de tamaño. La gente exultó al verlos: eran los bomberos de la Confederación. En realidad no eran los bomberos los que llegaban, sino sus drones. En la memoria de estos artefactos no tripulados constaba registrado el mapa del edificio y las

instrucciones del socorro. Cada uno buscó un lugar en el cilíndrico bar donde engancharse. Frente a Washo y Lucas se posó uno de estos helicópteros que disparó un par de cables contra la estructura metálica, y, una vez que estuvo enganchado, mediante un pequeño cañón lanzó agua a presión sobre el lugar. Con las hélices además lograba introducir aire a la edificación, a fin de que la gente pudiera respirar. Mientras tanto, en la nave sonaba una grabación que animaba a la gente a saltar sobre la red que se abría debajo del helicóptero. Lucas fue el primero en saltar, pues era el que estaba más al borde del precipicio. Le siguió Washo y luego Andrés. El helicóptero constató que en las redes ya tenía el peso máximo que podía cargar y procedió a desengancharse de la torre cortando los cables, para luego bajar a tierra a los rescatados. Mientras bajaban Washo observó cómo en el mismo punto donde ellos estaban se posó un segundo dron que disparó sus cables y se enganchó para salvar a más personas.

Cada dron llevaba un lente con el que filmaba todo lo sucedido, incluido el rostro de los rescatados. El dron dejó a los chicos en una cima relativamente cercana. Antes de soltarlos una grabación solicitó que los que tuvieran salud suficiente declararan sobre los hechos, bajo la amenaza de que su omisión constituía un grave delito tipificado por la Confederación. Lucas, Washo y Andrés rindieron en ese orden su testimonio sobre lo que habían visto y oído, mientras seguían viendo cómo el *Top of the World* se inclinaba cada vez más. El cilindro terminó desplomándose, arrastrando consigo a varios de los drones que no alcanzaron a desengancharse. Tres kilómetros de caída y una gran explosión les esperaba.

Los hechos enseguida resonaron en los medios de comunicación social. La presentadora del telediario de la noche cerró su noticia sobre tan funestos eventos con las siguientes palabras:

—El fuego ha devorado las bellas instalaciones de la cima del mundo. Pido un silencio para las obras que se perdieron, un silencio para los animales que perecieron, un silencio para los humanos que cayeron. Tres silencios, por favor. Ha caído la cima del mundo.

>> Culpables, sospechosos y otras murmuraciones <<

Como era de esperarse, ante estos acontecimientos la Universidad de Los Hemisferios volvió a implantar las antiguas seguridades. De nuevo se contrató una cuadrilla de policías para que vigilaran día y noche las instalaciones, se reabrieron las investigaciones penales y asomó por el campus la inteligencia militar de la Confederación. En concreto, al día siguiente del atentado, los agentes militares dispusieron que todos los estudiantes asistieran a la Universidad para ser interrogados. Ese viernes se los sometió a todos, curso por curso, alumno por alumno, a un interrogatorio de unos veinte minutos y luego se los despidió para que se vayan a sus casas.

Los estudiantes más jóvenes fueron los primeros en ser interrogados, y por lo mismo también fueron los primeros en salir. A eso de las nueve de la mañana Steve y Washo ya caminaban hacia los parqueaderos para esperar la recogida.

—¿Qué piensas de esto, Steve? Tú estuviste allá en la terraza cuando todo sucedió. Supongo que habrás visto algo.

Steve manifestó no estar muy seguro, pero aun así no dejaba de acusar. Todos los indicios apuntaban a un solo individuo: a Alberto Ponce. Él era el dueño del jetcar que había colisionado contra la torre más alta del mundo. Según los informes de los peritos fiscales, el jetcar se había incrustado en el canal central de la Torre, y algo había hecho explotar su depósito de combustible. Con semejante explosión en tan neurálgico lugar, la torre se vino abajo.

—Los jetcar no se mueven así porque sí... —continuó Steve—; el único que tenía las llaves de la nave para abrirla, conducirla y estrellarla era Alberto.

Washo recordó haber oído el testimonio que Alberto rindió por la mañana.

—Según Alberto, él nunca llegó a ingresar a su jetcar porque justo cuando subió a la terraza oyó la voz de José que acababa de salir de los ascensores. Como sabes, José fue a disuadirlo de que huyera y le pidió que permaneciera en el restaurante con nosotros, a lo que Alberto accedió. Pero mientras esperaban la llegada del ascensor, pasó lo que pasó.

—Yo no me lo creo mucho —dijo Steve?; de hecho nunca le he creído nada al ricachón de Alberto. Ese siempre me ha dado mala espina...

Washo se quedó meditando en el alcance de esas palabras, porque, según las apreciaciones que había hecho hasta entonces, Steve y Alberto eran buenos amigos. Ahora parecía lo contrario. Luego pensó en José.

—¿Y qué pasó contigo en ese momento? Creía que estabas por ahí... ¿No viste nada más?

—Nada de nada —respondió resuelto—: ya había despegado. Mientras me alejaba vi la explosión y decidí regresar por si José necesitaba que lo recogieran. Ya sabes, no lo podía dejar en semejante riesgo.

—Seguramente también habrías regresado por Alberto...

—Sí, sí, también por Alberto y por cualquier otro.

Washo se quedó pensando en esta respuesta, porque a la hora de la verdad, Steve sólo rescató a José y luego se largó. No vio a Alberto que permaneció en la terraza aferrado a un barandal hasta que un drone lo vino a rescatar. Quizá Steve partió pensando que Alberto ya tenía transporte, o quizá sólo encontró a José y a nadie más, o pudo tener miedo y las ganas de escapar le pudieron. En fin, cualquier cosa pudo suceder, pero lo cierto es que algo oscuro había en esa huida. Steve se había olvidado del resto de sus amigos.

—Y tú, ¿qué piensas? ¿En quién sospechas? —preguntó Steve.

Washo no sabía qué contestar.

—No lo sé. Me resulta difícil hasta hacerme la pregunta. Estamos hablando de sospechosos de varios asesinatos y me da miedo pensar puede estar implicado algún compañero del curso.

Los chicos estaban tan sumidos en la conversación, que ni se percataron que a sus espaldas el padre de Steve ya había aterrizado.

—¡Steve! ¡Steve! ¡Vamos! Tengo que irme rápido —gritaba desde su jetcar.

El joven al fin reparó en las voces del padre. Aún así no le prestó tanta atención a sus llamados, como a las palabras del compañero. También a él le resultaban sumamente oscuras sus respuestas. Como Ricardo insistiese, Steve tomó la mochila y se subió al jetcar. No hubo palabras de despedida, sino sólo un lacónico “chao” alzando la mano derecha.

>> De regreso a casa <<

Washo hubo de esperar dos horas hasta que su padre llegara a los parqueaderos, porque también los profesores de la Universidad fueron interrogados sobre los últimos acontecimientos. Cuando al fin el viejo y humeante jetcar de los Pihuave pudo elevarse para unirse a una caravana y emprender el viaje de regreso a la provincia lojana, el padre le comentó que había tenido un exhaustivo interrogatorio que duró más de cuarenta minutos. Le preguntaron sobre todo: sobre su familia, sobre sus alumnos, sobre sus gustos, penas, alegrías... Averiguaron con especial minucia si conocía algún “odiador”, o a alguien que presentara algún otro síntoma neocomunista...

—No, no, no, fue lo que contesté.

Washo escuchaba todo con gran interés.

—Pa’, ¿y es verdad que no conoces a ningún comunista?

El conductor hablaba y contestaba mirando al parabrisas.

—Los conocí durante la Gran Guerra, pero ahora no sabría identificarlos.

Hubo un rato de silencio. A pesar de las naves de la caravana, el chico siguió con la mirada al blanco Chimborazo que pasaba a su derecha y comenzaba a quedar atrás; debajo de la nieve divisó una aldea de chozas de adobe y techo de paja, con un gentío de indígenas vestidos de poncho rojo que caminaban como hormigas. Las trece revoluciones culturales no habían podido aguar sus costumbres. Viéndolos se preguntó algo que a todos parecía evidente.

—¿Pa’, por qué asocian todo esto al neocomunismo?

Washington alzó ligeramente las cejas, echando la cabeza para atrás, dio un vistazo a su hijo y, sin dejar de preocuparse por no chocar a los demás jetcars, suspiró.

—Washo, sí, te voy a responder. Hace unos años no lo hubiera hecho, porque eras muy pequeño, pero ahora te voy a responder. Como sabes, tu padre vivió la tranquila época previa a la invención del book-machine. También tuve la alegría de ver el progreso cultural que esa máquina trajo al mundo, que ahora se conoce como la decimotercera revolución cultural. Durante esos felices años nadie era partidario del neocomunismo, o, al menos, así nos lo parecía. Todos mis amigos y compañeros de universidad de aquellos dorados años amaban la libertad y respetaban la vida. Pero entonces apareció el libertinaje cultural: la gente empezó a leer cualquier tipo de lecturas. Adquirieron popularidad las lecturas de Warson, de Clark y de muchos amargados. “El estrangulador”, “Saciados de horror” y series como estas se clavaron en las mentes de muchísimas personas, emponzoñaron el alma de multitudes: nació la sed de matar a los ricos, de destronar a los adelantados, de liquidar a los que destacaban en el terreno político, económico, social o en cualquier campo. La lucha de clases se volvió su bandera.

Contra lo que pensaba el padre, Washo ya había escuchado casi todas esas cosas entre sus amigos. Sin embargo, le suscitaba un cierto interés escucharlas de nuevo, porque nunca las había oído de labios de su padre. Era su experiencia personal.

—Las universidades se esforzaron en preparar books-testimonio que evidenciaren los crasos errores del neocomunismo, pero las modas son las modas, y muchedumbres se transformaron en “odiadores”. Perdí entonces muchos de mis amigos. Le cambió la cara a uno de aquí, a otro de allá... Hasta tuve problemas con una persona cercana...

La voz le falló. Hubo un corto silencio. El padre manejaba el jetcar por inercia, viendo hacia el infinito, recordando amargos sucesos. Washo presintió que esa “persona cercana” era su difunta madre. Al rato el padre continuó.

—Sembrado el odio, habiendo echado raíces esa estúpida pasión, es muy difícil pedirle al intelecto que rectifique o al corazón que vuelva a querer lo que una vez quiso. Así se desató la Gran Guerra. Primero parecía una guerra de guerrillas: bombas por aquí, asesinatos aislados por allá... muy parecido a lo que está sucediendo ahora. Después los odiadores tomaron por la fuerza los altos mandos militares de varios Estados. Y estalló esa brutal guerra que mató a más de siete billones de seres humanos.

Washo retuvo las palabras “guerrilla” y “asesinatos” en su memoria.

—Pa’, ¿entonces los militares tienen miedo de que se vuelva a armar una segunda Gran Guerra? ¿No será puro nerviosismo creer que por un par de atentados se va a acabar el mundo?

—No, no. Déjame terminar, que a eso iba. Asesinatos y crímenes forman parte del orden del día. Pero muertes carbonizantes como la de la Universidad y atentados como los del *Top of the World*, no. Matar con un puñal láser es algo muy de gusto de los neocomunistas, tanto como volver a hacer ondear la bandera roja con la oz. Lo que más ha inquietado a la inteligencia militar son los fenómenos eléctricos previos a los crímenes. También antes de la Gran Guerra se daban estas cosas. La luz iba y venía, se apagaba a ratos y retornaba con fuerza... los relojes titilaban, las pantallas se desvanecían... y entonces algo malo pasaba: alguien reventaba en iras, otro moría, alguno se convertía en odiador. Se piensa que los neocomunistas podrían haber creado un sistema que producía estos efectos y metía contra toda voluntad sus books de odio en la cabeza de la gente. Sería como un virus informático, que sin desearlo se mete en tu clockybook, en tu mente, en tu alma, y de repente te encuentras odiando a todo el mundo.

Un jetcar que estaba encima comenzó a perder altura, quizá porque pronto deseaba aterrizar. Washington ladeó la nave y lo dejó pasar.

—Hijo, yo creo todo eso: que crearon el virus, que lo esparcieron por el planeta y que nuevamente intentan meterlo. Y no soy el único. Por algo la inteligencia militar de la Confederación se interesó tanto en el asesinato con puñal láser perpetrado en la universidad. Por eso fue que les prohibí a ustedes usar clockybooks, que podrían convertirlos en odiadores...

En ese momento Washo entendió la tan desconcertadora prohibición de su padre, que siempre le había parecido una manía propia de un viejo enchapado a la antigua. Sus emociones entonces se levantaron. Seseó quitar crédito a todo lo que oía acerca del virus, pero como era de carácter secundario, ese arranque no tuvo fuerza en el inicio. Siguió escuchando.

—De ser ciertas las suposiciones de los agentes, dos personas ya deberían de haberse convertido en neocomunistas: una en la universidad y otra en la Cima del mundo. ¿Tienes algún sospechoso?

Washo se quedó pensando en el mismo nombre que circuló por la cabeza del padre.

—El más expuesto a esos virus es Lucas, que se las pasa ingiriendo books.

—Al principio sospeché lo mismo, pero ahora no lo veo claro. Es difícil explicarlo...

El adolescente reaccionó ante tal negativa, pasando a defender a capa y espada su tesis durante el resto del trayecto. Es curioso ver cómo estas cuestiones retóricas facilitan que se extremen las posturas personales. Al llegar a casa no se volvió a hablar del tema, pero Washo siguió rumiando todo por dentro: el asunto del sospechoso, la cuestión del virus neocomunista, la costosa y absurda prohibición de usar clockybooks, en su vieja conversación con Lucas... Sus últimos pensamientos lúcidos en la cama fueron que sin lugar a dudas Lucas se había convertido en neocomunista y que él debía demostrarlo. Así, sin darse cuenta, la duermevela le terminó confiando la misión detectivesca de hallar y desarmar la banda neocomunista que estaba a punto de hacer estallar la segunda Gran Guerra del universo.

>> Los íconos del viejo mundo <<

El cálido y luminoso lunes se reanudaron las clases. Quienes llegaban al campus se inquietaron al descubrir que la Universidad de Los Hemisferios había sido militarizada. Por sus jardines y pasillos apareció un ingente número de policías y múltiples agentes de la Confederación. Pero lo que más causaba temor era ver la presencia de la armada de cristal flotando en las zonas públicas del campus universitario. A tres o cuatro metros de altura gravitaban unas bolas cristalinas de núcleo negro, de unos treinta centímetros de diámetro, que infundían sumo respeto a quien se topaba con ellas. Cada bola era una nano-fortaleza equipada con los más sofisticados radares y con cámaras panópticas de varios terabytes de resolución que continuamente registraban todo lo que ocurría en el entorno. En una ventisca su lente era capaz de perseguir por varios kilómetros, hasta el horizonte, la ruta de un vilano desprendido de un diente de león, y cuando el núcleo de cristal se encendía al rojo vivo, funcionaba como arma letal capaz de disparar cientos de láser al mismo tiempo, con una precisión de diez electrones de error.

La primera clase de la mañana había terminado y los estudiantes del Colegio General gozaban de una hora libre para hacer lo que quisieran. Aunque era un día azul de sol radiante, y pese a que a esas horas aún se sentía el frío matutino, la mayoría prefirió quedarse en el aula donde ninguna nano-fortaleza los auscultaba. Y hubieran permanecido ahí toda la hora, si no fuera porque al rato asomó esbelta en la puerta la simpática figura de una rubia chapeada, de unos dieciocho años de edad.

—¡Hola novatos!, soy Camila. Escuchen: junto en la Facultad de Comunicación estamos grabando unas tomas de la antigua biblioteca para un documental. Necesitamos algo de público durante unos minutos. ¿Nos echan una mano?

El barbudo de José, que apoyaba una mano al pizarrón mientras dialogaba con Steve, Michal y otros compañeros, y que era el único que se sentía coetáneo de la chica, fue el primero en responder.

—Pues no sé si te sirvan todos estos —dijo señalando a sus amigos—, pues son un poco fieros. Pero aquí estoy yo.

—El fiero serás vos...

—Mira, mira... ¡el fiero hablando de fieros!

Surgió el jaleo, cada vez más punzante, hasta que la comunicadora intervino.

—No, no se preocupen. Me sirven todos. Lo que nos interesa es el número, no la calidad.

¡Vengan!

Ante semejante intervención, todos callaron.

—Ah, bueno —fue lo único que acertó a decir José, ya con los humos más bajos.

Los chicos salieron como mansos perritos detrás de su dueña, a quien siguieron hasta la pequeña puerta negra del enorme y hermético CPM.

—No sé si les habrán comentado —dijo Camila?: esto es el Centro de Producciones Menta-visuales. Aquí se graban ficciones para los books. Dentro de esta caja se recrean efectos acústicos, visuales o mentales... o cualquier paisaje, o incluso cualquier personaje. Entro un segundo para sacar unas cámaras y salgo en seguida. Espérenme.

El CPM abrió su única puerta de vidrio y tras ella desapareció la chica. Los demás se quedaron viendo sus lisas paredes de cemento, desprovistas de ventanas, dinteles o decoración alguna. El centro de ficciones había sido construido así para aislarlo de la luz y el ruido exterior.

Al minuto la chica salió con cuatro largas fundas, que por su estiramiento parecían portar una bola de tenis cada una.

—¡Estamos! ¡Sígueme!

Los alumnos echaron a andar detrás de Camila, que tenía buen paso. Los que al principio del trayecto conversaban, fueron callándose poco a poco, para respirar mejor y poder seguirla. Pasaron el edificio de aulas, el empedrado, un bosque de pinos, y cuando al fin se abrió el paisaje, aparecieron las cenicientas y agrietadas paredes de la antigua biblioteca. En ese momento Camila se detuvo para abrir la boca de las estiradas fundas, que botaron al aire cuatro pequeñas bolas de cristal con un diminuto punto negro en su interior. Las bolas automáticamente volaron hasta posarse equidistantes, a seis metros de altura, en los cuatro polos de la biblioteca.

—Listo, ya están puestas las cámaras. Ahora atravesaremos la mitad de la biblioteca hasta llegar a esos pinos de allá.

El ganado seguía a la chica, que esta vez caminó más despacio, mientras les iba comentando unas líneas de la historia del lugar.

—Estas paredes que ven a izquierda y derecha fueron las que albergaron los primeros libros de la universidad. Como ven, eran pocos: unos diez mil a lo sumo. Pero pronto vino una donación, y otra, y otra, y otra... Y como con la aparición del clockybook en muchos sitios se perdió el interés por los libros de papel, las donaciones se multiplicaron. Esta biblioteca llegó a ser la más grande del mundo, a tal punto que se convirtió en un ícono de la Edad contemporánea y de todo el saber al que había llegado. Por eso este símbolo fue uno de los primeros blancos de los neocomunistas en la Gran Guerra. La bombardearon sin piedad. Algunos historiadores consideran que su destrucción marcó un cambio de época, que fue en ese momento comenzó la Edad postcontemporánea.

Al poco de finalizar estas palabras, el grupo llegó a los pinos del lado opuesto.

—¡Ya está! Les agradezco —dijo Camila.

—¿Ya está qué? —preguntó José, que en todo el camino era quien había permanecido más cerca de la chica.

—¡La filmación! Ya han sido filmados. Muchas gracias. Ya pueden volver a la clase. Yo me quedaré por aquí unos minutos más para filmar la nueva biblioteca.

—¿La nueva biblioteca?

—Sí, es la que está aquí abajo.

Camila dio un par de taconazos al suelo y caminó hacia los cenicientos muros de la biblioteca. En la medida en que se acercaba a ellos, se iba sumergiendo en la tierra, que ahora parecía de agua. Evidentemente era tierra ficticia, puesta en la entrada de la nueva biblioteca para no dañar el paisaje. Antes de sumergirse totalmente, alzó la mano para despedirse de los chicos y llamó a las cámaras, que volando se sumergieron tras de ella.

Steve levantó su clockybook y vio que ya pronto comenzaría la clase de Layana. Con una discreta mueca le señaló el reloj a José, dándole a entender que debían partir.

—Compañeros, nos vamos —dijo el mayor del curso y echó a andar. Atrás le siguieron sus compañeros, y más atrás la silente fortaleza de cristal.

>> La verdad es que no somos muy originales <<

En los días siguientes ocurrieron algunos acontecimientos que reavivaron los ánimos inquisitivos de Washo. Por ejemplo, en la clase de Books Lucas se mostró especialmente crítico con las razones que Layana daba sobre la prudencia en la lectura.

—...la ciencia hinchó al hombre, ¡la cultura lo reventó! —decía el catedrático con voz potente, para luego tornarla casi susurrante?: y, entonces, sucedió lo que sucedió. Hubo víctimas, muertos y un sinfín de miseria de la que no hablaré.

—Esto ya lo hemos oído mil, cien... digo... cien millones de veces —musitó Lucas en el fondo?: ¿será verdad que los libros causaron la guerra esa grande?

Washo, que estaba sentado en medio del aula junto a Steve, alcanzó a escucharlo. Toda la semana había centrado su atención sobre él, a quien miraba como principal sospechoso: sus pensamientos perseguían una pista que delatara la oculta pertenencia del compañero al neocomunismo. Él era el más expuesto a leer libros de odio. De hecho odiaba a quien le recriminaba acceder a tanto book y críticas como la formuladas a Layana le parecían una defensa del neocomunismo. Estaba tan obsesionado que ni siquiera recordaba que otros como Wilson y Alberto también hacían comentarios similares.

Adolfo Layana escuchó las críticas a través de su discreto amplificador de oreja, pero una vez más hizo caso omiso, para continuar con su lección magistral.

—Hoy quería tratar sobre el peso del pasado. ¿Acaso somos muy originales? No lo creo. La mayoría de nosotros vivimos repitiendo lo que dijeron nuestros antepasados. Repitiendo sus palabras o refutándolas. Las grandes figuras del ayer influyen en nosotros más de lo que imaginamos: nuestro instinto y nuestras neuronas espejo nos llevan a identificarnos con esos personajes o a vilipendiarlos. Les ruego que analicen esta idea en los books que les he preparado.

El profesor se dirigió a activar la gran máquina. Washo se vio en aprietos, porque durante los últimos días, por aquello de las indagaciones policiales y de los exámenes de medio semestre, no había leído los libros previstos para la lección. En esas ocasiones se sentaba al lado de Steve y le pedía una extensión de su clockybook de dos bandas. Cuando las luces coloridas del book-machine comenzaron a titilar todos los alumnos, incluidos Steve y Washo, perdieron el conocimiento para sumergirse en aquel pesado letargo. En sus mentes se fueron alternando las imágenes de los grandes filósofos griegos: Sócrates, Platón, Aristóteles... luego de varios medievales: Boecio, Pedro Lombardo, Alberto Magno, Tomás de Aquino...; más tarde la de los padres de la modernidad y varios de sus seguidores: René Descartes, Leibniz, Berkeley, Kant...; algunos contemporáneos como Hegel, Marx, Nietzsche, Husserl, Heidegger... y muchos de los postcontemporáneos: Zwarts, Clark, Warson, Finindel... Al mostrar los retratos de estos filósofos se transmitían sus ideas nucleares: el mundo de las ideas platónico y su superación con el hilemorfismo aristotélico, las Sentencias de Pedro Lombardo y el comentario del Aquinate que escalaba el pensamiento lombardiano desde el acto de ser; la duda metódica cartesiana y el desarrollo del “alfabeto de los pensamientos humanos” de Leibniz, las corrientes racionalistas y empiristas que crearon un Kant; el idealismo alemán como humus del materialismo marxista, del nihilismo de los albores del siglo XX, de la fenomenología y de los diversos intentos de la vuelta al ser; la teleología del mal de Zwarts que Clark y Warson intentaron superar con la guerra del odio aniquilador, y que llevó a Finindel a concluir que el mundo era un intento frustrado... Ese documental hecho a base de retazos de los grandes filósofos concluyó sin imágenes, con un

audio mental que decía: sin un Platón no hubiera habido un Aristóteles, sin un Alberto Magno un Tomás de Aquino, sin un Descartes un Leibniz, sin un Hegel un Marx, ni sin un Zwarts un Clark.

Layana observó que los alumnos comenzaron a desperezarse. La clase estaba devengando sus últimos minutos y el profesor tenía mucho que decir. Por ello no esperó a que los alumnos se terminaran de sacudir la modorra.

—Ven jóvenes, no somos tan originales que digamos... A veces tenemos la sensación que nadie ha pensado lo que se nos ha ocurrido, pero eso rara vez es cierto. Nada hay nuevo bajo el sol. El pasado pesa sobre nuestros huesos: nos hace o nos desbarata. Vivimos del pasado. Somos nuestro mismo pasado con alguna chispa, la chispa de la libertad.

El maestro volvió la mirada sobre Lucas, para enfrentar aquella murmuración que recordaba haber escuchado antes del documental. Bien guardada tenía la respuesta.

—Por eso, no sean ingenuas palomas ciudadanas. Convézanse: ¡no se puede leer cualquier cosa! Recuerden el dicho de los abuelos: «dime qué lees y te diré quién eres». ¿Deseas ser un generoso paladín, un férreo defensor de los derechos naturales y de la holística dignidad humana? Ven, te daré a Cicerón, al Aquinate, a Hervada, a Laus... ¿Quieres ser despiadado, miserable, egoísta y soberbio? Ve, vete a leer a Maquiavelo, Nietzsche, Zwarts... Ven o vete: no hay otra opción. Quedarte para crecer, irte para destrozarte. Fuera de la universidad podrás leer lo que quieras, pero tu futuro será incierto. Aquí sólo...

Las palabras de Layana fueron interrumpidas por un atronador zumbido eléctrico que causó temor. La ropa de los estudiantes se crispó como nunca y la luz del curso temblaba. Los segundos seguían pasando uno tras otro, en tanto las pantallas digitales de los clockybooks de Steve y Lucas se desvanecían una y otra vez. A los siete, ocho segundos todo regresó a la normalidad.

Layana no asociaba estos fenómenos con el neocomunismo, ni con ningún virus, ni con nada. Estas cosas le parecían un mito urbano. Con todo, al ver que la puerta ya se ponía amarilla no insistió más en la lección.

—¡Vaya! Parece que todo se confabula contra nosotros. En fin, pueden salir. Por hoy la clase ha acabado. Nos vemos.

Y sin más, ante el silencio atónito de los estudiantes, tomó su maletín y se fue.

>> El secreto para superar un mal libro <<

El poeta de Washington Pihuave se encontraba volando por las rosadas nubes occidentales, dirigiéndose a toda prisa a la universidad para llegar a su clase. Al aterrizar descubrió algún alboroto entre los estudiantes del parqueadero, pero estaba tan afanado por llegar al curso, que no les prestó atención. Para sorpresa suya, en el aula sólo encontró a seis alumnos: Ronald Contreras, Mateo Rodríguez, Andrés Wright, Wilson Moss y su eterno e inseparable amigo Alberto Ponce.

—Casi todos se han ido por miedo a que sucediera cualquier cosa —dijo Mateo ante el boquiabierto profesor que aún miraba las bancas vacías del fondo del curso, sin saber qué hacer.

—¿Pero qué pasó?

Entonces le contaron del zumbido de la clase de Layana y cómo había durado el doble que los anteriores. Ante el susto, muchos decidieron irse. Washington vio el reloj y calculó que habían pasado diez minutos desde el desconcertante evento. Dudó qué hacer. Al fin, con cara preocupada, resolvió quedarse.

—Pues bien, ¿qué vamos a hacer, sino tener clases? ¿Por qué habríamos de omitirlas? Sí, sí...

Sus gestos, su manera de moverse delataban que no estaba muy convencido de lo que hacía. Con todo, su lengua procedió.

—Hoy hablaremos de la poesía como catarsis... Sí... la poesía como elemento purificador de las sombrías emociones del alma.

Todo esto lo decía mirando por las ventanas, para ver si descubría a su hijo, a algún alumno suyo o a algún sospechoso. Pero tras los vidrios del aula nadie, ni nada aparecía, sino sólo el taciturno y mudo Centro de Producción Menta-visual, con su diminuta puerta de vidrio negro y su sereno jardín de azaleas.

—La poesía tiene un inicio y un final curioso: proviene del pensamiento, de la voluntad y del estado psicossomático del autor, y se reproduce en el pensamiento, en la voluntad y en el ánimo del lector. La poesía multiplica al autor. Somos lo que pensamos, pero mucho más somos lo que decimos. Nuestras palabras nos afianzan, dejan más en nosotros más peso que una idea que vaga por la mente, porque a la idea sólo la defiende el soldado de la duda, pero a las palabras las defienden tres gladiadores: la inteligencia, la voluntad y la lengua. El hombre entero se halla implicado en sus palabras.

Washington hablaba de memoria, sin pasión, con los ojos más puestos en la ventana que en su público. Pero nada sucedía fuera.

—Todos los años suelo recordar en esta lección una mala poesía de un decimonónico cura de pueblo. No se las transmitiré con el book-machine, porque no quiero que se la sepan, sino que la paladeen, que la escuchen y la sopesen. Sus versos eran los siguientes:

Estaba equivocado cuando creía
que un poema de amor se escribía
con cien palabras bonitas y una flor.
Erraba cuando pensaba
amarte con las letras
y conquistarte con poemas.

Estaba equivocado y lo sé.
Porque un poema de amor
son tus clavos, es tu mirada,
es tu espalda horadada,
por amor reventada.

Un poema de amor
es la corona de espinas
engastada en tu frente,
es tu cruz, es tu muerte.

Un poema de amor es el anchuroso camino
que nos lleva a tu corazón,
aquel que nos abriste con la fiera lanza.

Por todo eso, ahora conozco, Señor,
que las letras no hacen poemas,
sino la vida cuando hay dolor de amor.

Como de costumbre, el maestro aguardo a que los alumnos meditasen algo el poema y luego continuó.

—¿Qué consideran que puede cambiar más el rumbo de nuestros pensamientos: un book en nuestra cabeza, mil books o un acto heroico de amor?

Alberto se mofó de la pregunta susurrándole al oído de Mateo:

—¡Ay madre mía! ¡Vuelve a hablar el doctor amor!

—La pregunta es seria... —intervino Washington al ver las risas del fondo. Iba a decir más pero Ronald alzó la mano.

—Profesor, quizá un simple libro no cambie nuestros pensamientos tanto como un acto heroico, pero mil books aplanarán una cabeza. Un gesto de amor, por grande que sea, sólo creará una leve inclinación mental.

Washington se admiró de la inesperada respuesta del alumno y tuvo que repensar unos segundos el análisis que iba a hacer.

—Ya lo creo Ronald —dijo al fin?, pero no minusvalores lo heroico, ni tampoco el simple y llano cariño de la gente. Antes que a un libro, creemos a quien nos ama. Un mal libro que ha dejado hiel en el alma sólo se supera con tres libros buenos: uno para ponerlo en duda, otro para neutralizarlo y uno último para superarlo. En cambio, muchos libros se ponen en tela de duda cuando alguien de la tendencia contraria nos muestra consideración. Un insignificante gesto de amabilidad nos hace titubear sobre lo creído; un acto absoluto de generosidad derroca un sistema de pensamiento. El amor convence. A más, a más. Insisto, creemos a quien nos ama. ¿Por qué el hombre confía tanto en sus padres?...

Mientras decía estas palabras alcanzó a escuchar un levísimo zumbido eléctrico que provenía de lejos. El profesor detuvo su discurso mirando hacia la ventana. Los alumnos también callaron y percibieron el zumbido que no duró sino tres segundos.

—Igual sonaba en la clase de Books, pero muchísimo más fuerte —dijo Andrés.

—Pero entonces también la ropa se electrizó —acotó Ronald.

—Y además la luz iba y venía —añadió Mateo.

Los chicos intercambiaban impresiones, dejando muy lejos la poesía. Washington auscultaba de dónde había provenído el bajo ruido. Desde la puerta no, sino desde la ventana. De repente, el vidrio oscuro de la puerta del CPM relampagueó con una luz azul de un tono muy conocido para Washington: el propio de los láser de preguerra.

—Señores, la clase ha terminado —dijo resuelto?: ¡Me voy!

El profesor tomó su viejo maletín, salió del curso, atravesó el largo pasillo de clases y se dirigió a toda prisa al CPM.

>> La llamada <<

En su trote hacia el CPM Washington pensando en que el puñal láser que sin duda había sido usado en el interior del aula de ficciones. La prisa se frenó a los diez metros de la entrada del Centro, cuando vio abrirse la puerta de vidrio oscuro: de ella salía el principal sospechoso de su hijo, Lucas La Rotta. Salía con cara preocupada. Algo lo había ofuscado. Al verlo a Washington mostró un cierto alivio y corrió hacia él.

—¡Profesor! ¡Profesor!

—Dime Lucas, ¿qué pasa?

—Nada, profesor... bueno, digo, sí que pasa algo. Por eso vengo. Es que, mire... Es con lo de la llamada del horror... es decir, me refiero a los que nos llamaron al CPM... Nos hicieron venir aquí y nada. Nada hay.

Lucas nunca se había caracterizado por su claridad, pero ahora que estaba alterado resultaba incomprensible. Washington dejó su maletín en el suelo, para aferrar al chico por los dos hombros y tratar de infundirle la tranquilidad necesaria para hablar.

—¡Calma! ¿Qué es eso de la llamada? ¿Quién te ha llamado?

Lucas evitó la mirada del profesor y su rostro se llenó de susto.

—La llamada, profesor, la llamada... esa horrorosa de la clase de Layana. La que nos hicieron al final, cuando la electricidad estaba así —su mano hizo el gesto de inestabilidad. Washington, que había vivido tantas cosas en la Gran Guerra, intuyó lo que su alumno estaba atravesando en esos momentos. Lucas mostraba todos los síntomas de haberse recién infectado con el virus neocomunista.

—Bien, chico, no pasa nada. Todo está bien. Quiero que ahora te concentres y me digas quiénes eran los llamados.

Lucas procuró concentrar su pensamiento, donde merodeaban algunas extrañas ideas de odio.

—Pues yo, yo en primer lugar, me refiero. Me llamaron a mí al CPM...

—¿Y algún otro?

—Sí, ¿cómo no? También llamaron a José, y a otro más. No, a dos más. A Michal, sí y a... ¡ah, cierto! A Steve... ¿o no? No, quizá no, quizá era Washo. No, la verdad es que no recuerdo bien...

Al profesor le horrorizó la mención de su hijo Washo. Mientras el chico seguía en sus dudas, Washington revisó su reloj. No había tiempo que perder.

—No pasa nada. Dime, ¿qué sucedió en el CPM?

—¿En el CPM?... ¡Ah, sí! Digo, no, nada. Yo acabo de llegar. Y no ha sucedido nada. Nada, ni luz. Por eso lo llamaba a usted. ¿Qué hay que hacer?

Al profesor se le escapó una sonrisa.

—¿Que qué debes hacer?

No sabía si Lucas actuaba en serio o no. Sólo tenía dos oportunidades: creerle o juzgarlo culpable, y de eso dependía su propia vida. Lo meditó tres segundos y medio y optó por darle crédito.

—Pues muy sencillo. ¿Sabes dónde queda el rectorado de la Universidad?

Lucas asintió con la cabeza.

—Corre ahí con todas tus fuerzas. Tu misión es esta: ve a decirle todo lo que me has contado al rector Alejandro Ribadeneira. Y luego dile que yo pido que active la alarma A de seguridad total. ¡Anda! ¡Corre! Y no pienses en nada más. ¡Te lo prohíbo!

Lucas tenía la virtud de no pensar en nada más que en una idea a la vez y al oír esto salió disparado hacia el rectorado. Constatado esto, Washington recogió su maletín del suelo, echó una mirada en rededor, tomó aire para aumentar el coraje de lo que iba a hacer y caminó hacia la oscura puerta susurrando lenta y concienzudamente la Canción del Pirata de Espronceda:

—Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo
sacudí...

Entonces abrió la puerta, atravesó la entrada y el aula de ficciones cerró su oscura boca con él adentro.

>> La muerte merodea en la sala de ficciones <<

Washington se encontró con el mismo panorama que Lucas se había encontrado: el CPM permanecía a oscuras, en la penumbra más cerrada.

—¡Luces! —pidió, pero las luces no se encendieron. En el acto dedujo que alguien había tomado el control del CPM. Con todo, decidió actuar como si no se hubiese percatado. Echó su mano al maletín y a tientas sacó de él su fino lápiz multiuso. Quiso usarlo de linterna para ver sobre el blando suelo de espuma rugosa e insonora, pero al encenderlo su luz fue opacada por una contrafrecuencia emitida en el sistema de ficciones del CPM. En un instante la linterna pasó a ser un diminuto led blanco, que no alumbraba sino los botones de su chaqueta. Aún así, durante el primer resplandor de la linterna Washington alcanzó a divisar que a un costado de la entrada, en el piso, yacía el cuerpo de un individuo de enorme panza. Su uniforme de cuadros azules y amarillos le hicieron suponer que se trataba de Iván el portero. Dormido no estaba. Estaba muerto. Washington suspiró.

—José, Michal, Steve —gritó en la oscuridad? yo también he sido llamado. Aquí estoy. Se hizo el silencio.

—José, Michal, Steve, insisto una segunda vez: yo también he leído a Warson y a Clark. Aquí estoy. He sido llamado.

Se hizo de nuevo el silencio. El maestro seguía desafiando a la oscuridad con su débil luz, que súbitamente desapareció ante la intensa luz de una persona que apareció en frente. Era el perfil alto y delgado, barbado y lleno de odio, de José Romero, el alumno más viejo del curso. Portaba en su mano derecha un conocido tubo de tres dedos de ancho y diez de largo: el clásico puñal láser de la preguerra. Al verlo, Washington instintivamente se aferró a su maletín, que puso de escudo delante de sí.

—No es así, usted no ha sido llamado. Aquí debía venir otro, pero no vino —contestó enfurecido. Era admirable el cambio de su rostro. Fuera del CPM se había mostrado amable y hasta gracioso. Pero dentro parecía un demonio.

—Y usted... ¡Ah, usted! ¡Ha querido durante todo este tiempo hacernos creer que los ricos tienen derecho a oprimir a los pobres, que los gobernantes pueden escupirnos, que los colonizadores nos han hecho bien, que la vida es bella y que los triunfadores de la Gran Guerra tienen la razón!

—¡Nunca he dicho eso!

—Y ustedes, que en todas las generaciones siempre han defendido a la oligarquía, a los pueblos que han sometido con las armas a los más débiles, que siempre han intentado evitar la lucha de clases y la lucha de pueblos... —insistía el alumno alzando el puñal láser.

—José, no te ahogues en el odio. ¡Piensa! Dime, ¿por qué los pueblos han de heredar los odios y las rencillas de sus antepasados? Nuestros vecinos no son hoy la causa de nuestros males...

—Y usted que nos ha defraudado desde tiempos de la Gran Guerra... Usted debe morir...

Sobre las manos alzadas del chico surgió un gran láser azul, de tres dedos de grueso, que se elevaba infinitamente sobre el oscuro firmamento y que desde allá bajó para cortar en dos al profesor. Washington se cubrió con su maletín, cuyo cuero quedó ligeramente chamuscado. También se quemó el mechón de su pelo que fue tocado por el láser. Entonces se desvaneció la figura de José y del láser. Había sido una ficción algo caliente.

—¿Cree que no lo sabemos? —se oyó en la oscuridad.

De repente la sala de ficciones recreó un desolador paisaje de la Gran Guerra. Un cielo rojizo era el telón de fondo de dilatadas ciudades arrasadas por la destrucción más feroz jamás vista. No se veían árboles, ni plantas, ni edificaciones, sino solo escombros y ceniza que se elevaba con el viento. De los antiguos rascacielos sólo quedaban sus cimientos, varillas peladas, dobladas por alguna explosión. Una que otra ventisca radioactiva azuzaba el polvo y las terrosas nubes. Lo único intacto y digno de ver eran las fortalezas de cristal que inmóviles flotaban dominando los escombros. Y en la cumbre del monte más alto ondulaba orgullosa una bandera roja con su negra hoz.

—Asia y lo que quedaba de Europa eran nuestras. En África, donde la preguerra había liquidado a las clases opresoras, avanzábamos con facilidad. Sólo nos faltaba asestar un golpe a América...

Las ficciones proyectadas en la sala se fueron acercando a las faldas de una desértica montaña terriza, sin bandera ni nada, más que tierra y pura tierra. Cerca flotaban a diferentes alturas seis fortalezas de cristal.

—Fue justo al atardecer de aquel día, justo antes de la batalla que cambiaría el rumbo de la historia, fue justo entonces cuando un delator condujo al ejército de la oligarquía al corazón de la armada roja.

Una tremenda onda venida de lo alto azotó las nubes, aplastó el polvo del lugar, hizo estallar las bolas cristalinas y disipó la tierra ficticia que escondía a miles soldados rojos, que cayeron al suelo con la fuerza de onda, para no volverse nunca a levantar. Además se descubrieron en los costados del monte varias puertas metálicas, sobre las que se lanzaron las naves de guerra que aparecieron en el cielo. A base de misiles estallaron las puertas de entrada, y las puertas que habían atrás, y las de más atrás. Entonces el ejército negro que ya había desembarcado ingresó a la fortaleza enemiga para tomarla. Rayos iban y venían en la lucha cuerpo a cuerpo. Las cavernas fueron tomadas una tras otra, hasta llegar a la principal...

—Y ahí estabas tú, Washington, delatándonos.

Las imágenes de la Gran Guerra se desvanecieron y todo retornó a la más absoluta oscuridad.

—Por eso debes morir sufriendo.

A lo lejos apareció de nuevo la figura de José, caminando hacia Washington. De nuevo empuñaba su láser, que se perdía en el infinito firmamento negro. Empujaba a un chico más pequeño que no se mantenía en pie y que llevaba la cabeza gacha. Su ropa tenía los vestigios de una cruel tortura, de haber sido traspasado varias veces por un láser. De repente el chico alzó su cara, desfigurada por los golpes.

—¡Washo! —exclamó el padre.

El láser azul que se elevaba por sobre José dio un par de vueltas en el infinito firmamento, a manera de lazo, y cuando iba a bajar a la tierra para degollar a Washo, apareció otro láser del mismo grueso y color que se clavaba en el corazón de José. Este nuevo láser provenía del puñal de Washington, que ágilmente había sacado de su maletín. El cuerpo de José quedó inmovilizado: su tórax comenzó a carbonizarse, su ropa botaba chispas, cayó el puñal láser del muchacho y su vida se apagó con la eléctrica luz azul. La mirada del hijo se alzó en desconcierto.

—¡Papá! ¿Qué has hecho? ¿De dónde has sacado eso?

Washington sacó su puñal láser del carbonizado pecho de José y bajó la vista.

—¡Ah, hijo...! Nunca te lo dije... En otro tiempo fui neocomunista.

La cara torturada de Washo abría llorosos sus ojos, cuando cerca se iluminaron las figuras de Steve y de Michal, ambos con su propio puñal láser. Dos rayos de azulada luz se elevaron al cielo para dictar sentencia.

—El padre debe morir —dijeron a una.

Washington lanzó su láser sobre los cuellos de los chicos, que traspasó sin que se inmutaran. Steve y Michal eran puro holograma.

—Pero nosotros no lo mataremos —continuaron.

Dicho esto, apagaron sus puñales láser, cruzaron sus brazos y sus rostros de odio comenzaron a deleitarse en algo. En ese momento la imagen del carbonizado José y del torturado hijo se hicieron humo; ambos había sido pura ficción. Sin esperarlo, Washington sintió un profundo calambre en la espalda, un intenso dolor que lo paralizó. Sus temblorosas manos dejaron caer el láser. Esto ya no era ficción. Olía a carne quemada: su propio cuerpo se estaba carbonizando. Al mirar atrás, apareció ileso su hijo Washo. Era él quien le clavaba el láser azul de un nuevo puñal en sus costillas. Más atrás las carcajadas de José se gozaban del parricidio.

—¡Imbécil! ¡Matarías a José, como a cualquiera de los nuestros! Ya veo por qué me prohibías los clockybooks.

—Washo, hijo mío: no estás enfurecido conmigo, sino contigo mismo.

El rostro rabioso de Washo se tensó más para dar una nueva descarga láser en las piernas del padre, que enseguida perdieron fuerza. Cayó sobre sus rodillas. Su cabeza estallaba, daba vueltas en mil cosas: en Dora, en su hijo, en la guerra... Sabía que poco le quedaba de vida.

—Washo, hijo... —decía sin mucha voz? como dijo el poeta: si he de morir, prefiero morir en los brazos de quien me ama.

Y el padre, con el escaso aliento que tenía, pues casi no respiraba, se echó sobre el pecho de su hijo para morir. Ante ese gesto Washo quedó consternado. El puñal láser con que estaba asesinando a su padre se apagó y cayó rodando por el liso suelo de espuma, hasta golpear sobre el cadáver que yacía cerca de la entrada. Su gesto de odio se transformó en angustia, en dolor.

—Pa', ¿qué poeta dijo eso?

El padre se conmovió en extremo ante esa pregunta. Intentó alzar la mirada para ver por última vez al hijo, pero no tuvo fuerzas. Aun así pudo contestar.

—Hijo mío, el mejor poeta que ha existido en este mundo: me lo dijo tu madre cuando agonizaba en mis brazos. Yo la maté.

Tomó una bocanada de aire y continuó.

—Si yo pude superar el odio neocomunista que por entonces me consumía, fue porque tu madre antes de morir me perdonó.

Washo estrechó el cuerpo de su padre y lamentó de corazón lo que había hecho en un rato de enajenación. Tres láseres se alzaron frente a ellos: el de Steve, el de Michal y el de José.

—Padre e hijo deben morir —dijeron los tres de consuno.

Los tres láseres dieron una primera vuelta en el oscuro firmamento, luego una segunda y, cuando iban a bajar para cortar las cabezas, la puerta de vidrio del CPM estalló en mil pedazos con el golpe de una fortaleza armada que acababa de entraba con su intenso núcleo encendido de rojo, disparando tenues láseres sobre las extremidades de Steve, Michal, José y Washo. Los tres puñales cayeron al suelo, y tras ellos los cuerpos tremendamente acalambrados de los chicos. En seguida, la fortaleza de cristal disparó tres gruesos rayos sobre los puñales, incinerándolos en el acto.

—La situación está controlada, ¡entremos! —se oyó fuera del CPM.

En un segundo un cordón de policías llenó la sala de ficciones. Unos requisaron los clockybooks de los presentes, otro constató que Iván el portero había muerto y uno último revisó a Washington, que ya había perdido la mayoría de signos vitales.

—¡De urgencia! ¡Que salga al hospital!

La fortaleza de cristal hizo que el carbonizado cuerpo de Washington se elevara lentamente, lo sacó por la puerta, y ambos volaron cada vez con mayor velocidad hasta el hospital universitario que quedaba en el sur de la ciudad.

Los cuatro chicos fueron arrestados y sacados fuera para ser procesados. Ahí estaba el rector de la Universidad conversando con Lucas. Tres androides del tamaño de un pequeño refrigerador, registraban la declaración testimonial de Alberto Ponce, de Mateo Rodríguez y del profesor Adolfo Layana. La policía puso un cordón rojo para separar el lugar del crimen de los curiosos que pronto llegaron. Ahí se apelotonaron estudiantes, profesores y administrativos para ver el desenlace de los hechos.

>> Las cicatrices del alma <<

Muchas veces las palabras van más allá del deseo, los puños más allá de la intención, y los puñales más allá del corazón. Y entonces es imposible pedirle al amor que resucite, es imposible sin pedirle perdón. En el hospital Washo daba vueltas a estas y muchas otras ideas que había aprendido de su padre. Ya eran siete días que el corazón no latía, ni los pulmones respiraban, y todo funcionaba en el tórax de manera artificial. “¿Por qué existe día? ¿Por qué existe noche?” volvía a preguntarse Washo a altas horas de la noche, buscando la respuesta que su padre habría dado.

Durante las largas horas de hospital Washo luchó con todas sus fuerzas contra numerosísimos los pensamientos de odio que se le metieron con el virus en la clase de Layana. En ella Steve le había ofrecido una banda de su clockybook para conectarse al book-machine, a lo que accedió de buen grado; pero Washo no se desconectó cuando terminó la transmisión del profesor. Así, cuando José propagó el virus neocomunista en el aula, activando una función de su puñal láser, a Washo le llegó el virus a través de esa banda paralela. Steve, que ya desde su cumpleaños era neocomunista, había preparado la trampa con José. El zumbido de esa clase duró largo tiempo porque contagió a dos personas: a Washo y a Lucas. Pero parece que Lucas estaba saturado de books y de pastillas para no dormir, y por ese *overbooking* no fue capaz de entender los siniestros books transmitidos contra su voluntad.

La mayor parte del virus era la obra de Warson y de Clark, que incitaba a la lucha contra los ricos, contra los pudientes, contra los sabios, contra las autoridades, contra todo el que destacara. El virus se transmitía en tres segundos, sin respetar los protocolos y tiempos que el cerebro exigía, causando de esta manera tremendos estragos psíquicos y emocionales. Por eso durante esos días Washo caía con frecuencia en depresión. Él se esforzaba por recordar los consejos de su padre: «si algún día llegas a odiarme, por lo que sea, intenta recordar, aunque parezca difícil, muy difícil, ¡imposible!, que un día fuiste feliz siendo mi hijo y que yo lo era siendo tu padre». A veces ese recuerdo lo deprimía, al pensar que era imposible volver a quererlo. Washo lidiaba con sus emociones e incluso tenía que gritar: «¡mientras viva, perdonaré!» No era fácil deshacerse del viscoso odio.

Junto a la información del odio, el virus también transmitía una “llamada”. La llamada era una orden para presentarse en un lugar, ante unos determinados neocomunistas, diciendo un “santo y seña”. En ese momento se les entregaba un puñal láser a los llamados. Según la reconstrucción de los hechos realizada por la inteligencia militar de la Confederación, el primer llamado fue José. Al inicio del semestre José llamó a Michal, y ambos llamaron a Steve en el episodio de *Top of the World*. Aunque nunca se supo con qué “santo y seña”, lo cierto es que Steve fue llamado a comparecer en la terraza para ayudarle a José a estrellar el jetcar de Alberto contra la torre. Así se entiende que ambos resultaran ilesos en semejante siniestro. Todo estaba programado. Por último, Washo recibió la llamada cuando escuchaba la lección de Layana, y fue llamado a presentarse de inmediato ante los tres neocomunistas en el CPM con el santo y seña de “saciados de horror”, y así actuó. Lucas también había recibido esa misma llamada, pero no sabía que el “santo y seña” era una clave. Entonces se presentó en el CPM sin decir palabra, ni oír, ni ver nada, y tal cual entró, salió. Al salir se tropezó con Washington, quien en la Gran Guerra también se había contagiado el mismo virus y por eso conocía bien lo de la llamada.

Al final de la tercera semana de hospital los signos vitales de Washington ofrecieron una respuesta más alentadora. El corazón descalcinado volvió a latir y la parte recuperada de los

pulmones volvió a respirar. En un inicio Washo no se percató de esto, porque en su depresión gritaba una y otra vez:

—¡Ya no más! ¡No!... ¡Mientras viva, perdonaré!

Fue ante uno de esos gritos que el viejo poeta abrió los ojos. Washo seguía dando voces, por lo que su padre tuvo que carraspear para llamar su atención. Entonces el chico se le tiró al brazo, lleno de emoción, para decirle aquel poema que durante todas esas semanas había meditado treinta mil veces.

—¡Papá! ¡Perdón!

Aquellas palabras en los oídos del padre tenían más rima, métrica y ritmo que todas las poesías de Bécquer, Machado y Calderón de la Barca juntas. Aquella simple petición zarandeaba el alma. Así el poeta descubrió que la poesía más simple era la más sublime de todas. Sin aire en los pulmones, recordaba haber repetido cientos de veces esa misma palabra sobre el cuerpo sin vida de su amada Dora.

—Es fácil perdonar cuando a uno lo han perdonado primero —dijo a baja voz.

Luego su hijo dijo más cosas que huelga escribir, y le juró y rejuró que nunca más se conectaría a un clockybook, y le mostró los esfuerzos que hacía por borrar los restos del odio.

—¿Ahora entiendes por qué me dediqué a la poesía? —preguntó el padre.

A Washo se le iluminó la cara con esa pregunta. Hasta ese momento no había entendido porqué un homenajeadado guerrero de la Gran Guerra se había dedicado a esas artes. Y aunque el chico había faltado a la lección de la poesía como catarsis, en ese momento la entendió.

—Sí, padre. También yo seré poeta —respondió.

El incidente del CPM además permitió rastrear la pista de José. Tras ella la inteligencia militar desenmascaró la banda neocomunista que se había armado en la Universidad de la Liberación. De ella provenía José. Todo eso explicaba bien por qué él, a sus 18 años, había decido ingresar a la Universidad de Los Hemisferios: su objetivo era infiltrar el virus neocomunista por estos lares. Pero fracasó. Los sacrificados profesores y administrativos de esta centenaria institución una vez más supieron defender la verdad, aún a costa de sus propias vidas.

###

Gracias por leer mi libro. Si le ha gustado, ¿podría, por favor, tomarse un momento para dejar una reseña en su tienda favorita?

¡Muchas gracias!

El autor

SOBRE EL AUTOR

Perfil biográfico

Juan Carlos Riofrío Martínez-Villalba. Jurista y escritor ecuatoriano, descendiente lejano del primer novelista ecuatoriano, Miguel Riofrío (+1879). Siguiendo los impulsos de su sangre desde muy joven se dedicó a escribir, ganando concursos de poesía y cuento.

Tiene tres carreras, una especialidad y dos doctorados. Licenciado en Derecho ecuatoriano y en Ciencias políticas por la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, y también en Derecho canónico por la Pontificia Università della Santa Croce. Especialista en Derecho de las comunicaciones por la Universidad Andina Simón Bolívar. Doctor en Derecho por la Universidad Católica Santiago de Guayaquil y en Derecho Canónico por la Pontificia Università della Santa Croce.

Su pluma se ha caracterizado por una gran versatilidad, que prueba nuevos estilos y técnicas de expresión. Se ha interesado por el arte, costumbres e historia de los lugares donde ha vivido (Guayaquil, Quito y Roma). En estas ciudades ha procurado fomentar, e incluso rescatar cuando lamentablemente se han perdido, varias de las antiguas costumbres locales.

Entre sus obras literarias aparece “El corazón de la ciudad” (2003), “El Pirata enmascarado” (2007) y “Juegos de Pluma. Técnicas literarias llevadas al extremo” (2014), editadas por el Muy Ilustre Municipio de Guayaquil y por la Universidad de los Hemisferios.

Actualmente se desempeña como Abogado del Estudio Jurídico Coronel & Pérez y como profesor de Derecho constitucional y Derecho de la Información en la Universidad de Los Hemisferios, donde años atrás fue Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas.

Aquí están las coordenadas del autor, por si deseas seguirle:

Friend me on Facebook: <https://www.facebook.com/juancarlos.riofriomartinezvillalba>

Follow me on Academia: <https://uhemisferios.academia.edu/JuanCarlosRiofríoMartínezVillalba>

Connect on LinkedIn: <https://www.linkedin.com/pub/juan-carlos-martinez-villalba/43/1b/a63>

Favorite my Smashwords author page: <https://www.smashwords.com/profile/view/jcriofrio>

Otros libros del mismo autor

Visite su distribuidor favorito para descubrir otros libros de Juan Carlos Riofrío, como los siguientes:

Literatura

Juegos de Pluma

El pirata enmascarado

El corazón de la ciudad

Libros de derecho:

La prueba electrónica

El derecho de los secretos
La seguridad jurídica
Régimen de la Competencia
Régimen de la Comunicación